Loreto Sesma

AMOR REVÓLVER



ESPASA ES POESÍA

Índice

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68





You
Tube

in

SINOPSIS

Amor revólver es un poemario con seis balas. Como ocurre en la ruleta rusa, quién empieza y si le va a tocar a él o no es algo completamente arbitrario. El lector tiene que jugar con las seis balas hasta que, inevitablemente, una sea la que le traspase. Las balas, por supuesto, son las palabras de Loreto.

AMOR REVÓLVER

Loreto Sesma



Te quiero.
Te quiero.
Te quiero.
Y mil veces te quiero.
Todo va a salir bien.

XII

Intenta escribir como si te fueses a morir.
Porque es que te vas a morir.

José M. Campos

Este libro se publicó el día 29 de noviembre de 2016.

Tengo 20 años.

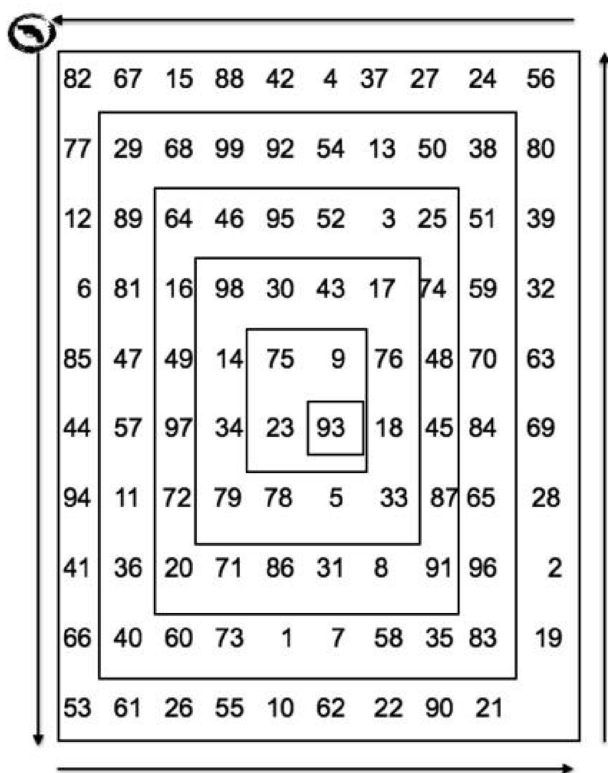
Querido lector,
Si crees que con mi edad lo que vas a encontrar a continuación no es vida, si piensas que no he vivido lo suficiente, ni he sentido lo suficiente y sobre todo que no he sufrido lo suficiente; te pido por favor que dejes este libro y continúes con tu camino.

Si de lo contrario quieres abandonar las medidas, dejar de buscar la proporcionalidad entre sorbos de vida y años de estómago, si de verdad crees que con 20 años sí he aprendido a tragar balas: bienvenido. Este es tu libro y este, mi abrazo.

Este libro se lee con una mano en el corazón y otro que pase las páginas. Sigue un ritmo que tú puedes alterar o seguir.

A continuación verás un tablero formado por cuadrados concéntricos. Si sigues la dirección de las flechas y el orden, empezarás por el poema 82 y acabarás en el 93.

¿Preparado?



1

Pienso en ti.
Te recuerdo en mi cabeza con la autorrecomendación de no dejar que me empapes el alma,
que solamente te quedes paseando por mis pensamientos.

Llevo arrastrándome tanto por el barro,
que tú me sabes a lino en una piel quemada.

Te diría que eres el conejo blanco
que siguió Alicia para salir de su laberinto
(y meterse en otro).

Eres la boca del lobo
que devoro
con el ansia de quien lleva sin comer meses.

Eres (la) locura
que cometo siendo cuerda
y consciente,
como el cocainómano que busca camino de nieve hacia el cielo
con fugas ya en el tabique.

Despiertas mis instintos olvidados,
como una perra en celo
que se salió de la manada
para cruzarse con un zorro.

Tengo el estómago vacío
y tanta hambre (de ti)
que no me hace falta que me digas «ven»

para que lo deje todo.

2

Se me están durmiendo las manos de tanto cruzar los dedos,
como si así todo fuera a ir mejor.

Se me están durmiendo los pulmones
de tanto soplar unas velas que nunca se apagan
ni cumplen deseos.

Se me están durmiendo las piernas de tanto correr
para llegar a una casa
donde ya nadie me espera.

Se me duerme el corazón,
agotado,
de tanto reponer sangre después de cada golpe.

La sonrisa,
y ahora parezco uno de esos muñecos con las comisuras al revés.

Se me cierran los párpados porque no quiero darme cuenta,
no quiero ver
que de nuevo no he llegado a tiempo.

Me estoy durmiendo,
y lo que es peor,
ni aún así consigo soñar
ni que empiece a las horas un día nuevo.

3

Chiquitina.

Encogida y en posición fetal,
ensayando la salida a una vida
cuando muchos querían de mí el aborto.

Absorto en su cálculo sobre a cuántos niños tiene que asustar,
el monstruo se ha quedado dormido.

Pido,
si no es mucho,
extender los dedos sin que nadie me los corte antes.

Ya no sé quién soy,
perdí mis huellas dactilares poniendo la mano en el fuego por personas que no
merecían la pena.

A veces tampoco quiero saber quién soy
y me emborracho hasta escupir
una saliva que parece gasolina.

Me imagino sus manos aterrizando en mi piel,
como cerillas encendiéndose
y veo volar todo por los aires.

Qué cosas es capaz de hacer una niña,
una anciana agotada,
para poder volar.

Me he volado la cabeza,

y me he imaginado a la pena después
utilizando mis sesos como peonzas.
Ahora entiendo el:
«Deja de darle vueltas».

Quiero bajarme de esta montaña rusa,
de esta montaña sin vistas,
de esta cima sin nieve.
Quién habrá sido el adulto que se haya esnifado sus nevadas cúpulas,
en qué sucio baño.

Nunca he entendido por qué algunos juegos vienen con instrucciones,
algunas personas te imponen sus leyes
o el motivo por el que no puedes quebrantar sus normas.

A ellos les diré la única que yo sigo:
despiertas,
naces,
amas,
amas,
amas
y mueres.

4

Cuidando tus lágrimas de cristal fino,
como el niño al que le han dicho que debe jugar con una pelota de cristal,
y sin que se rompa.
Arañando tus mejillas inocentes,
tus ojeras enfermizas de anciano
a punto de nacer
del vientre de una mujer
que es demasiado niña.

Así pasan los días,
tú acobardado,
tu pena te ha castigado
y llevas mirando a una pared toda una vida.
Así,
lastimado,
es como te quedaste ciego
y reinventaste el miedo,
dibujando los puñales que sientes
pero no puedes ver,
en lo blanco de aquella pared que quería llamarse horizonte.

Conseguiste,
sin embargo,
y en eso he de reconocer que siempre te he admirado,
amaestrar tu pasado.
Le dabas de comer de vez en cuando,
como esa mascota que no necesita más cuidado,
y así conseguías vivir con él
pero sin olvidarlo.

Me imagino a tus demonios corriendo de aquí para allá,
a un lado de tu oreja susurrando,
encima de tu hombro bailando

y tú escuchando
con la misma atención que presta un niño viendo dibujos animados.

Lo que jamás pude entender
es por qué nunca comprendiste
que así,
de espaldas al mundo,
es como dejabas vía libre al insulso,
al perverso
y a la tirana
ponerte cruces en la espalda.

Y ahora las acarreas,
y las llevarás toda tu vida encima
hasta que un día decidas dar la vuelta
(a la moneda)
y dar la cara.
Qué valentía ibas a conocer si en tu castigo nunca conociste un espejo
en el que enfrentarte a ti mismo.
El callejón sin salida de una partida mal empezada,
la remontada de un partido perdido con 5 pelotas en portería en el primer minuto,
goleada.
Una parada en una estación abandonada en la que un pobre loco dice que es final de parada.
Así me imagino tu vida:
desamparada.

Y yo pensando que con una poesía,
podría clavarte alas en la espalda
para que las astillas de tanta cruz fuesen más aterciopeladas.
Y yo que traté de llamar tu atención

dibujando mapas en tu pared blanca
y así llevarte a viajar por el mundo sin ni siquiera moverte.
Yo que te dije un sí rotundo a luchar contra monstruos,
gigantes,
escorpiones
y malas hierbas.

Dejé de escribir para empezar a trazar planos de palacios en ruinas
partiendo de una trastienda.

Pero tu mundo es tan pequeño,
y tu castigo tan eterno
y tus manos están manchadas de sangre.
Como quien tiene el síndrome de Asperger,
acabaste sonriendo a tu peor enemigo
y las cadenas empezaron a sonarte como un rock argentino
en un directo alucinante.

«Yo no puedo cuidarte»,
te dije cuando la luz comenzaba a alumbrar tus lágrimas de cristal.

Quizás yo soy un incendio,
pero prefiero mil veces el calor
a este frío eterno.
Y mi corazón no va a ser tu próximo juego para quemar las horas,
para intentar olvidar de qué material está hecha tu cárcel.

Porque aun habiendo estado ahí mil vidas,
todavía no te has dado cuenta de que tus barrotes están hechos de miedo.
Y que siempre,
siempre,
siempre,
serás prisionero
si no elevas el grito
y empiezas a darte cuenta de que, detrás de ese muro,

hay un mundo.
Y detrás de ese techo,
un cielo.

5

Escribo desde el sabor agrio después de me hayan amargado un dulce,
desde la esperanza abrasada del que cree que de la ceniza resurge el fuego.

Desde la ventana que se ha abierto cuando te he cerrado la puerta,
un quinto piso en el que mi número de la suerte
ya no es más que un golpe seco contra el suelo.

A estas alturas,
el «puedo» suena a «miedo»,
desde el paladar férreo que deja morderse la lengua
cuando no quieres escupir más dolor en palabras.

Escribo mi mensaje de: vete,
con la mirada del quédate
y la luz de una llamada perdida.

Escribo desde un buzón de voz
en el que nadie lo vuelve a intentar a los tres tonos de llamada.

Con esa sensación que tiene una anoréxica muerta de hambre,
un infiel echando de menos a su pareja mientras se tira a su amante.

Escribo desde la rabia de un niño al que le prohíben pintar el cielo de rojo,
desde la ignorancia del cojo al que pillamos después que al

mentiroso.

Lo hago derribando cada trozo de muro que construimos dentro de nosotros
creyendo que así,

quizás,
la angustia que precede al dolor desaparecerá.

Vivimos esperando trenes vacíos que no nos llevan a ninguna parte,
en lugar de construir hogares en cada una de las columnas vertebrales
que son capaces de sostener cuerpos,
almas
y mundos.

Y por eso también escribo desde una vela derretida
sobre una tarta de cumpleaños que nadie se ha comido porque engorda,
desde la felicitación por educación
y los dos besos al encontrarte con el amor de tu infancia después de años.

Encuentro la injusticia en cada baldosa rota de la calle,
y entre las grietas de estos espejos que tengo por ojos,
consigo escuchar a McCartney diciéndome ese *Let it be*.

Tanto buscar respuestas
y ni siquiera nos hemos planteado las preguntas.

Qué cojones estamos intentando averiguar,
qué queremos corregir en los demás
si la primera mancha en la camisa somos nosotros.
Y como ese botón que se te cae del abrigo
y nunca más vuelves a coser,
porque lo pierdes,
creemos que nos echarán de menos cuando abandonemos sus vidas.

Pobres.

Nos obligamos a mirar al frente como si así fuésemos a saber a dónde vamos,
pero si no sabemos cuál es el destino
nos puede dar igual el horizonte.

«Levanta la cabeza», le decían al soldado,
qué estúpido el que lo hace
y no se da cuenta
que también en los charcos
se ve reflejado el cielo.

Incendiamos los periódicos,
gritamos a la televisión
y enmudecemos a la radio.

Nos refugiamos en redes
que dejaron de ser sociales hace mucho tiempo
para transformarse en trampas de cristal.
Pantallas que se convirtieron en máscaras
en las que niños juegan a ser adultos,
los cobardes juegan a ser valientes
y los cabrones encuentran un sitio en el que galopar al trote de la maldad.

Criticamos a los políticos,
nos creemos honestos denunciando la corrupción
y compartimos la foto de un niño muriendo abrazado por una playa griega.

Pero,
¿qué hacemos?
Nada.
Absolutamente nada.

Y por eso escribo,
porque, al final,
las lecciones de moral sólo se las he escuchado enseñar a

los más imbéciles.

He visto ignorantes poniéndose en pizarras y escribiendo,
con la misma tiza con la que se dibuja la silueta de un muerto,
que sumar es recopilar números.
Y no,
se les olvida
que 1 + 1 también es igual a nosotros.

Que estoy harta de tanto escuchar el adjetivo joven
para poder justificar mi rebeldía.
Es muy pronto para ti para qué,
vamos a ver.

Qué me vais a enseñar si fui yo quien alimentó a los cuervos
para que me sacaran los ojos.
Para no ver.

Un mundo tan cruel,
tan odioso,
tan gris.
Un mundo en el que ya no entrelazamos dedos,
sino cuchillos.
No sabemos querer,
si no es deshuesando cada uno de los nudillos que se han negado a darnos la mano.

Matamos sueños,
y esperanzas,
y lo llamamos defensa.

A mí no me vengáis con gilipolleces,
a torear podéis iros a otras plazas,
aquí hemos venido a sacar el toro a hombros,
a bailar con los demonios,
a posarnos en un cableado olor a muerte y tacto

electricidad
sólo
para batir las alas
y alzar el vuelo
aunque sea por última vez.

Y aunque no suelo escribir con fuego en las palmas,
y mi madre me diría que la boca se me va a llenar de jabón.
También sé que si hay tantas biografías de Keith Richards
es porque no la han visto a ella cantando en el coche
yendo a 200 en cada curva
y siempre sonriendo.

Hoy no me importa,
hoy lo digo:
podéis iros a la mierda
todos
los que venís a morir,
porque os dejáis matar.

Mientras,
yo escribiré incendiando letras
únicamente para cambiarle el nombre a la revolución
y empezar a llamarla:
esperanza.

6

Hace tiempo que ya no creo en las casualidades.
Casualidad ahora me suena a causalidad maquillada,
a miedo de consecuencia llamando a la puerta.

Llámalo accidente, o incidente no esperado,
pero no lo llames casualidad.

Y menos nosotros que ya no creemos en la suerte,
ni en saleros volcándose
ni en el destino dejándonos un mensaje en el buzón de voz y diciendo:

«Esto no estaba planeado. Cosas del directo».
Deja de grabar.

Esta vida es real
y todo lo de ahí fuera son meras sombras.
Las sombras de los monstruos que inventamos de pequeños,
los monstruos que besamos de adolescentes
y los monstruos que se sonreirán cuando vean nuestra esquela en el periódico.

Me río yo de las mentiras que parecen chiste,
de la mierda convertida en alpiste
y de todos los buitres preparando sus picos para la gran merendola.

Me río yo del que se empeña en convertirme en sombra.
«Que yo no necesito esto»
digo quitándome la ropa. «Ni esto» digo quemando cada poema.

Porque lo que soy es exactamente todo lo contrario.
Soy mi miedo a las alturas
y mi frustración frente a una partitura.
Soy todo lo que no ves
porque estás demasiado ocupado viendo lo que parezco.
Soy la niña que sigue jugando a que entiende la vida,
la mujer que siempre elige equivocado el bando
y la anciana que parece haber sido crucificada como Cristo
de tantos puñales que atravesaron las palmas de su mano,
y ella,
sin embargo,
sigue tendiendo sus dedos a todo aquel que le pide ayuda.
Soy mi fracaso
resumido en poemas que algún día quedarán en una caja olvidada,
pero nunca se irán de la memoria agotada de mi madre
ni de su sonrisa inquebrantable.
Soy el avión imparable
una vez que ha tomado pista,
el aterrizaje forzoso
y el poso del café que nos tomamos al despertar después de aquella noche inolvidable.

Nota mental al descuidado: Todos,
al final, salimos a flote.

Lo que nadie advierte es que también flota el cadáver.

En mi caso,
y esto es un aviso para navegantes: No creo en las casualidad,
creo en mí misma.

He tragado más agua que botellas
luchando contra una marea incontrolable.
Y si salí a una orilla no fue de casualidad,
fue porque nadé a contracorriente
a pesar de todos los tiburones.

Venid a reír mi muerte en otro momento,
que de momento lloraréis mi presencia.

7

No me siento más mayor por el hecho de que cada vez la tarta acumule más velas,
y con ellas,
más números que enseñar.

Me siento más mayor cuando siento
las cosas que no he hecho
con más nostalgia que rabia,
cuando escucho una canción
y ya no bailo
sólo recuerdo
lo que sentí en algún momento
bailando esa canción.

Siento que acumulo tiempo
cuando siento
que mi recuerdo en algunas personas se va,
tan pronto como emite un llanto un niño cuando nace,
tan pronto como yace mi sabor en su paladar.

Y aunque me miren como a una niña
(ojalá esa mirada no se vaya jamás),
mis ojos cada vez tienen más niebla,
mis pupilas cada vez tardan menos en llorar.

Madurar
es darte cuenta de que no tienes que esperar
a que nadie te pida que te quedes,
porque quien te quiere
no te deja irte jamás.

8

Empezaré por el final,
que es como a veces mejor se cuentan las cosas.

Empezando por la moraleja
para que no te duela saber
que, al final del cuento,
el cocodrilo se comió al conejo.

Este viejo truco de sacarme las vísceras
para sentirme mejor,
para retrasar el reloj
y así poder repetir el paso de baile.

Entras dentro del saco de esas cosas que no necesitas,
pero te apetece tener.

Justo entre el vicio
y el placer,
la droga
y la necesidad.

Justo entre la felicidad
y el simple «estar contento».

Atento,
porque cada semáforo en verde es el que te permite cruzar
pero luego aprendes viendo a los demás
que se cruza en rojo a riesgo de que te atropellen
(no se puede evitar).

Soy una bomba a punto de detonar

y siento que te hayas dado cuenta tan tarde.

Bailo mientras busco alguien a quien pisarle los pies,
llevo mucho tiempo mordiendo las esquinas
y ahora me doy cuenta
de que andaba sedienta de un poco de velocidad.

He visto amanecer con los ojos cerrados,
a mitad de camino entre la vida
y la muerte eterna.

El cielo,
decían,
es lo que venía después.

No entiendo de paraísos ni descansos,
de vuelos rasos
que, como los cuervos,
planean bajo
cuando el invierno ataca.

El frío de Benedetti viene quemando
mientras yo tarareo cualquier canción
que ni siquiera conozco.

El amor tiene más de Rolling
que de Beatles,
y yo siempre he sido de canción triste de Ferreiro.

¿Cuánto más tengo que perder para encontrarme?

Tararear
me mantiene la lengua ocupada
y así no la meto
donde no la tengo que meter.
(No sé si me entiendes).

Qué propensa soy a meterme en propia puerta
y gano en puntería,

también en goles
pero pierdo al final de la partida.
(Tampoco entiendo mucho de fútbol,
pero creo que me entiendes).

Pero en lo que sí acierto,
y en esto deberías escucharme
es que si tú calienta el acero
el que probablemente se queme
es el mismo que lo prendió.

Debería haberme dedicado a curarme más los males,
a multiplicar panes como Jesucristo
a creerme santa entre tantísimo pecador.
Pero elegí la poesía,
y elegí la opción del hambre
quizás para poder pecar de placer.

Puede que necesite un nuevo vicio
un nuevo vicio que me destroce,
un caballo que sólo vaya al trote,
un galope a punto de estallar.

Al final aprendes
que volar sin desgastar pista
tiene la misma posible caída
que el que trata de ganar un millón en Navidad
habiendo comprado su décimo de lotería.

Así que si yo vuelo
será desde abajo,
desde tierra y suelo,
desde el barro que me entierra los pies,
desde el tacto frío de un muerto
que acompaña al suspiro del que te ve fallecer.

El cielo,
decían,
es lo que viene después.

Pero a mí me que me maten esta noche
estas ganas de derroche,
de saliva
y de miedo a perecer.

No todavía.

El cielo,
no es cielo,
si es lo que viene después.

9

Mi madre siempre dice que si la vida a veces nos obliga a tocar fondo, es para que podamos hacer pie y coger impulso. Y ahora que estoy cayendo intento recordarlo.

Me siento como si llevase un año masticando tiza y ahora me obligaran a escupirla en la cara de un cocainómano gritando: ¿es esto lo que querías?

Soy una niña enfurecida porque le ha arrancado la cabeza a su muñeca preferida cuando se ha dado cuenta de que su padre no ha venido a verle a la función del colegio. Sí, lo reconozco, fue todo un privilegio haberte conocido, pero también fue una putada desconocerte hasta desdibujarte, y darme cuenta de que quizás aquel chaval de mirada perdida del que me había enamorado, simplemente, había sabido encontrarme a mí.

Quédate. Con tus miedos, tus inseguridades y tus cadenas que te anclan a un pasado lleno de fantasmas que llaman de madrugada, insultan y ponen la zancadilla.

Enamorarme de ti fue anunciar mi derrota. Acabé firmando un contrato en el que juraba serme infiel a mí misma para poderte ser fiel a ti, aceptando como premisa esencial aceptar ser la actriz secundaria del reparto. Las trincheras que cavé para salvarte de cada tiroteo, acabaron siendo mi nicho cuando decidiste matarme.

Me hiciste creer que era el monstruo, por eso no supe cómo continuar con el juego. Nunca se me dio bien esconderme, salir a asustar. Creía ser la rosa, hasta que empezaron a

crecerme espinas en las manos y explotaba, sin querer, los globos de mi yo niña, mi yo niña llena de arrugas de tanto fruncir el ceño de tanto llorar.

Y a pesar de eso, seguí buscándote en cada una de las esquinas, mirando a los lados cuando me preguntaban por el precio por hora. Seguí dibujando planos para intentar volver a la casilla de

salida tal y como empezamos, es decir, con esa sensación de que podríamos ganar. Sensación que ahora siento perdida.

Sigo buscándote entre cuatro caminos e inventando otros posibles para intentar salir de este laberinto con apariencia de cementerio. Sigo siendo la rosa.

Lo peor de todo no es que ya no estés y que ya no tenga con quien llorar cuando todo se rompe, sino que no tenga con quien compartir esas pequeñas cosas que me hacen sonreír. Y que no seas tú con quien las comparta.

Al final del camino, justo antes de perder la partida, te das cuenta de que lo que hace inolvidable el viaje es haber compartido el camino. Y aunque vaya a morir sólo uno de los dos en el accidente, sigo sonriendo al decir que ojalá sea yo quien se quede en la cuneta.

Así, yo volveré al comienzo, a ser la rosa que adorna el cementerio. Vuelve a poner tu ficha en la casilla de salida y sal a ganar. Aunque yo ya no esté. Aunque ya no importe ganar.

Diez veces en la cuerda floja. A veces menos no es más si pones el alma en ello. A veces, hace falta un impulso y ese impulso es el que ya no supimos dar. Esta vez, ya no sabemos cómo retomar el vuelo.

Eso sí, en mitad del incendio sigo diciendo que si sólo hubiese una salida de emergencia serías tú el que acabase

saliendo. Feliz. Siempre.

10

Me aterra que los niños de hoy en día aprendan a dormir escuchando el detonar de bombas como nana,
que tengamos que matar la inocencia a tiros.

Me da miedo que no encontremos la solución al miedo.

Cómo le vamos a explicar a un niño por qué hay gente que es capaz de matar mirando a los ojos,
por qué estallan ciudades enteras a partir de aviones,
los mismos aviones a los que saludan desde el patio del colegio.

Me da pena
que estemos creando un mundo en el que luchar
se entiende sólo como guerra
y no como pasos hacia delante.

Espero que no olvidemos que
en los tiempos de dolor es cuando más fuerte nos damos la mano,
que nos ayudemos los unos a los otros a levantarnos,
que no nos olvidemos de nadie,
que miremos a los lados,
que dejemos de construir mundos en nuestros ombligos.

Por favor,
prometedme que no vamos a teñir de negro
y vamos a vestir de luto a la esperanza.

11

Verás la vida pasar.

Un día,
cuando menos lo esperes
(y menos quieras),
te encontrarás con mi sombra.

Será entonces cuando te acuerdes de mi luz que,
como la luna,
brilla,
pero todos la vinculan con la oscuridad.

Vendrán los recuerdos,
y con ellos la nostalgia
y dirás:
yo besé esos labios,
yo me enredé entre esas piernas,
me reflejé en sus ojos
y vi con ella amanecer.

Yo la quise,
a ella,
que ya no está.

Y te abrazarás al fantasma del pasado
pensando que,
quizás,
podrías haber hecho algo
antes de verla marchar.

Y perderla.

Para siempre.

12

Invito a todo aquel que quiera devorarme,
que empiece a hacerlo por el corazón
porque el resto es solo hueso,
fruto del poco peso que siempre tuve
y de lo mal que me sostuve en el alambre de mi columna vertebral.

Después,
que se hagan con mis huesos,
aunque de ellos solo quede la mitad
porque el otro porcentaje
acabó en la boca de una jauría de perros salvajes.

Entre ellos
mi amor,
el amor de mi vida,
después de verme moribunda,
cogiendo postura en mi urna
y convirtiéndome en ceniza
después de haber muerto en el incendio.

Entonces,
no sé cómo,
me sentí ave fénix.

Le mire a los ojos,
miré cómo se relamía las manos que tanto me habían acariciado
y se iba a revolcarse a otros barros.

Y así le vi irse en dirección contraria a mí,

con una manzana en la boca,
andando con una elegancia digna de un cinco jotas,
mi amor,

tanto pasearte en otras bocas
y ahora me toca a mí disfrutar del festín.

¿O acaso no sabías que a todo cerdo le llega su San Martín?

13

Es inútil,
como regar una planta ya muerta
o poner una alarma de alerta cuando ya has llegado tarde.

Es inútil,
como sentir el gol en propia puerta como acierto,
como estar atento a una lección que ya te conoces de memoria.

Es estúpido seguir cantando una canción a un público de sordos,
como pedirle a un manco que meta los dedos en la llaga.

Escuece
como un arañazo en la garganta después de un vómito forzado.

Oprime
como alguien estrangulándote
después de haber buceado aguantando el aire.

(En los pulmones crecen flores si deshojas margaritas
no porque las hayas deshuesado,
sino porque haces creer que existe gente que lo hace para saber si lo quieren).

Hiere
como llorarle a alguien que ya no está
o asistir a una fiesta en donde todos ríen
y tú solo quieres volver a casa.

Abrasa
como mirar al fuego a los ojos durante horas,
como sentir que el corazón ya no late,
estalla.

Vaya donde vaya,
sólo encuentro una lágrima congelada
que ahoga
y quema
a partes iguales.

Que corta
y cura
al mismo tiempo.

Que siento tan adentro
que no soy capaz de llorarla.

La peor pena es la que tienes dentro,
congestionada,
haciendo atasco en tus venas
y creando confusión entre la vida
y la muerte.
La pena que nunca se va,
la pena que se queda
y, al final,
se te lleva
a donde ya no puedes salvarte.

14

Ojalá no me hubiera enamorado de ti,
ojalá hubiese vivido tus mentiras como esos cuentos que leía de pequeña
y que desde la primera página no me creí,
pero seguí leyendo por intriga.

Ojalá me hubiesen enseñado
que el descaro es la máscara del engaño,
lo agria que sabe una mentira en el paladar.

Si pudiera elegir,
elegiría haber pensado dos veces
antes del primer beso,
como ese «salto o no salto» que grita un atrapado en un incendio desde la ventana.

No me da ninguna seguridad el saber que cuando las llamas atrapan un edificio,
lo primero que se cierran son las puertas de emergencia.

Estoy harta de advertencias,
de tonterías dilatadas hasta la saciedad hasta convertirlas en
urgencia,
en penitencias impuestas por alguien que lidera los siete pecados capitales.

Me dan repugnancia aquellos que defienden que son capaces de alejarse de los males,
de los mismos que te ponen la zancadilla en mitad del baile,
de los que te dicen lo guapa que estás a la pata coja

jugando a la rayuela,
y te parten la otra pierna para confundirte con serpiente.
Y pisarte la cabeza.

El pecador no es el que te dice: come la manzana,
sino el que la arranca del árbol
y le da un mordisco sin tardanza.
Las alabanzas apestan a interés,
Voy a quemar las balanzas de justicia que todos creemos tener
y las trucamos hasta conseguir lo que queremos ver.

15

Recuerdo que hace algunos años, mi padre me esperaba como todos los días a la salida del colegio. Preferíamos andar 45 minutos antes que coger el autobús.

En ese recorrido llegué a aprenderme exámenes mientras andaba con el libro en la mano y mi padre, con su rica memoria, se aprendía la lección con sólo leérsela una vez. Entonces, me la preguntaba sin descanso hasta que yo me la aprendiese de memoria.

Cruzando la Gran Vía hablábamos de la vida, de mis amigas, del colegio y de libros. Una vez, una discusión de patio me llevaba de cabeza. Mi padre, calma pura, me dio un consejo: a tu adversario dale justo lo contrario de lo que espera y, seguramente, será amor, simpatía, agradecimiento. ¿Acaso un fuego se apaga con más fuego? Sigue tus ideas y siente tus convicciones como anclas, fijas. Será lo que haga que no te quedes a la deriva. Y nunca, nunca, cambies. Unos años después, dejando atrás aquel uniforme y aquel paseo, cuando siento el cosquilleo de escorpiones paseando a mi alrededor dispuestos a atacarme, primero me invade la rabia pero después pienso en mi padre.

¿Acaso la herida se cura con más sangre?

16

Encuentro señales de aviso por cada sitio que piso.
El paquete de tabaco me advierte que fumar mata,
pero quizás debería liarme más de esos
y un poquito menos la cabeza.

La única certeza de todo este tinglado que hemos llamado vida,
es que sea o no la estampa
y la trayectoria
divertida,
lo que viene después es la muerte.
Y para todos igual.

El gusano que me comerá a mí,
será el mismo que devore el sí quiero de un matrimonio,
el sueño adolescente cumplido de un viejo
y la piel tacto añejo de una dama.

Está claro que quien bien ama
será recordado con flores y coronas,
y sólo encontrarás la esquela
del que quiso tarde,
o quiso mal.
Aunque llegados a un punto es lo mismo.

Con todo esto quiero decir
que me da igual quién me saque los ojos
si al final va a suceder de forma inevitable.

Ya me pueden pisar mil veces la cabeza,
sacudirme las intenciones

y hacerme retener la rabia contenida en los lagrimales;
me da igual.

Porque alguien,
en algún lugar
mientras todo esta mierda estalla,
alguien se está enamorando
y con eso me basta.

Porque no me arrastra ni un huracán,
porque la vida no para de gritarme: para,
y yo no puedo dejar de decirle:
acelera.

Porque fui yo quien se puso en carretera a 200,
y ya es tarde para frenar la carrera.

Aquí,
o se vive del riesgo
o es mejor que te largues.

17

«No te voy a olvidar nunca»,
eso es lo que me dijo por última vez.

Quizás lo más triste que he escuchado
es un «te quiero» pausado,
sin un destinatario.

Vuelvo a escribir desde el origen,
desde el niño asustado por la oscuridad.
Vuelvo a sacarme las raíces,
para darme cuenta de que quizás
tanta cuenta atrás
solo sirvió para morir más deprisa.

Tanta velocidad
para morir en la cuneta.

Como un atleta
corrí hacia una meta
que era imposible de alcanzar
sin haber llegado muerta.

Y,
sin embargo,
con el último suspiro entre los labios
le pregunté a los ancianos sabios
cómo podría llegar hasta ahí.

Hay personas que no tienen final,
que su recuerdo hierve siempre en la cabeza.

Hay tanta certeza consumida por la duda
que ahora que miro desde las alturas
lo único que tengo claro
es que no tenemos ni idea de nada.

Ignoro la mayoría de las cosas importantes de la vida,
he reanudado tantas veces la partida
que ahora perder sólo me sabe a comienzo,
a casilla de salida,
a volver a volver a correr.
No soy ninguna serpiente,
pero de tanto que te ponen la zancadilla
uno aprende a moverse a rastras.

Por eso,
no me importa que me pisen la cabeza,
porque voy a seguir siendo esa pieza que completa el puzzle,
esa ficha del dominó que crea el efecto mariposa.

Tramposa,
la mente siempre vuelve a colocar las cartas en la mesa,
y aunque a veces pesa más el miedo del perdedor,
el as se esconde en la manga del que aprende a ser estratega,
en lugar de inteligente.

Los hilos de las marionetas
los mueven unas manos ágiles
y los paquetes frágiles,
los que más protegidos llegan.

Por eso te digo,
que a veces sí cuenta el envoltorio,
que los pequeños detalles son las grandes diferencias
y que en este crucigrama de coincidencias
sólo he sabido responder a una pregunta.

Dice:

Animal que instó a que Eva mordiese la manzana.
Y tú dijiste:
lo sé,
la serpiente.

Y me miraste.
Luego volviste a darle un mordisco a la manzana.

Y yo arrastrándome,
masticando la tierra que tu levantabas al andar,
pensé:
No es quien la enseña,
sino quien la muerde.
Y tú ya estás hincando los dientes en el fruto del mal,
pero claro,
puta serpiente
fue por ella
por la que existe el pecado original.

Espera,
sé la respuesta de la siguiente pregunta:
falsedad.

18

Me vas a volar la cabeza.
Pensar en ti es como el adolescente que se masturba pensando que hace algo malo,
pensar en ti es olvidarme de todo,
dejarlo a un lado
y dejarme mecer en una noria.
Le sonrío al recuerdo
y llego a la gloria.
Éxtasis,
pecado capital,
de imaginarte haciéndome puzle.

Eres un maldito rompecabezas.
De forma inmediata
y no tan literal,
me descuartizas los esquemas
con el escaso tacto de un verdugo
dejando caer el metal en mi cuello.

Bésame.

La saliva me sabe en la boca a alcohol barato
y me combina a la perfección esta pena
con tu forma de contarme cuentos.

No quiero escucharte.

Me
vas
a
volar

la
cabeza.

Como si no lo hubieras hecho ya,
como si antes no hubieses ocupado mi corazón
como una mancha de vino que se expande sin control en una camisa nueva.

19

Como quien pone un filete a centímetros del hocico de un perro,
como quien espera que la marea no suba tras una tormenta,
como la miel en los labios de un goloso sin lengua.
Como una planta cuyas raíces se salen ya de la maceta.
Tenerte cerca.
Enciende mis alertas más animales,
y se me vienen a la cabeza diez mil maneras de destrozarnos
aunque tenga las extremidades en pares.
Mi lengua ya no es más que la excusa con la que regar tu tierra seca,
y me veo como el que juró hacer penitencia
pero al final siempre peca.
Entre tu cadera y mi ombligo se extiende una recta,
que se acorta cada vez que tu respiración funde el hierro.
Si me acerco
y te tensas,
acierto.
Entonces
tu aliento roza el aire
y un gemido ahoga el ambiente,
en las venas el deseo es latente
en el sur la pasión queda patente.
Y las mariposas se calman
cuando en la cama
ellos ya duermen.

20

Soy de esas personas que siempre preferirán el trato al truco,
la prueba
a la prenda.

Soy una tía que sigue su senda
sin importarle las pisadas de otros,
que mira con ternura a los locos
que siguen creyendo que cambiarán el mundo.
Soy la del sí rotundo fuera de los altares,
la de los sentidos a pares
pero falta de olfato para las hostias
y falta de obediencia en los reglamentos.
He conocido firmamentos sólo cerrando los ojos
pecando de pensamiento impuro,
la avaricia también consiste en gastarte el último duro en alguien que no lo vale.
Si sale,
premio.
Si no,
el tedio me sorprende en mitad de la ruleta.
Rojo,
negro.
Fichas,
centro.
Diana.
Apuntar nunca fue mi fuerte,
apuntarme los puntos por tenerte
ya es otro tema...
¿Quién va ganando?
Apostando al caballo cojo,

no sé cómo cojo...
gané la carrera.
Aprendí a ser la perra que guía al rebaño,
a ser el paño antes que servilletita de lino,

a liar con papel fino algún que otro cañón de Espronceda
con color de arboleda
y sabor a prado en mayo.
De soslayo,
aprendí a ser sombra cuando un foco te alumbra,
a conformarme con la penumbra cuando necesitaba el sol.
Me tiro el farol
y te digo que también he aprendido a ser sin estar,
a estar sin ser,
a parecer que perezco en cualquier momento,
a dejar el último aliento en cada despedida.
Vida.
Que cuando parece que acabas
sólo empiezas
y cuando parece que te calmas,
que las cosas comienzan a ir lentas
coges carrerilla
y escarmientas.
A tientas,
te levantas
y empiezas de nuevo.

Prefiero el trato al truco,
porque a los magos
siempre les vi la paloma salir
mucho antes de sacarla del sombrero,
porque en el tablero aprendí que los dados sólo son números sin norma
y que quien quiere luz,
y no se asoma,
no hay ventana que jamás lo alumbre.

21

Cuando las luces se apagan
es cuando mejor se mira,
donde mejor se toca
es donde la sombra abraza la piel.
En el recuerdo evoca
el tacto de la miel entre los labios,
una noria de manos
rodea las curvas de un cuerpo
tratando de retenerlo en la memoria.
(En la oscuridad
todos
juegan el papel del ciego).
Espero al paciente que aguarda
a que la luz se apague
para que la oscuridad juegue el papel de cómplice
y la hélice se sienta en el estómago.
Es entonces
cuando el deseo entabla un sucio diálogo con el deber.
Pero cuando las bocas se devoran en sueños,
y los límites son pequeños,
cualquiera puede dejarse caer
entre los brazos de quien te hace llover
sin pretenderlo.
No es primavera,
ya lo sé.
Pero voy a ser la primera
que te haga olvidar
que ahí fuera nieva,
que hoy es invierno.

22

Pedí mis deseos a la estrella fugaz equivocada,
como una colilla pisada por miles de personas
me di cuenta de que nunca había sido el beso
sino un peso en los hombros de la mentira.

Me he sentido como esas personas que con el cartel de «tira»,
empujan
y no consiguen abrir la puerta
sin haberse equivocado antes.

Puedo ser muchas cosas,
puedo equivocarme
e intentar luchar contra titanes
sintiéndome tan hormiga,
pero nunca
jamás
he actuado para hacer daño,
y menos a quien quería.

El pasado sigue siendo el peldaño
que no alcanzas
y por el que no puedes subir aquí,
donde estoy yo
y desde donde se ven estas vistas asombrosas.

El paisaje nunca será el premio
si antes no has pagado el peaje del olvido.

Hasta que no me he ido,
no lo he sentido.

Y hasta que no notes que me he ido,
no sabrás lo que te he querido.

Que he aprendido que, con las manos manchadas de sangre,
es mejor no mejor no firmar sentencias en folios en blanco.

Aprendes
que cuando un camino se bifurca,
por mucho que tú trates de coger un atajo
o correr cuesta abajo,
la velocidad de arranque ya no es la misma.

Cuando dos caminos se bifurcan,
es porque ya no deben seguir unidos.

Es porque dos,
ya son uno y uno,
y cada uno por su camino.

23

Tengo los instintos primarios a flor de piel,
un deseo estancado entre las piernas
que siento como si alguien me pusiera una pistola en la sien.
Estoy en ese punto de taquicardia
en el que el corazón te va a cien,
y tú estás ya agotada.
Supongo que cuando ya llevas tanto tiempo viajando,
la parada es sólo un obstáculo que te hace llegar más tarde al
destino.
Hilar con calma el hilo que de tan fino se escapa de la aguja,
coser el roto
por no haber encontrado su descosido.
Escuchar a mi madre cantar a Marazu,
preguntarme por qué en Bregenz el cielo es azul cuando
anochece.
Angustiarme con el miedo existencial que supone la muerte,
leer en el periódico que ha habido una masacre,
respirar en una bocanada de aire que ellos ya no darán.
Dibujar en el vapor de la ducha un corazón como cuando era pequeña
y volver a preguntarme cuántos corazones buscan otros con los que encajar.
Tengo dudas eternas revoloteándome entre las venas,
momentos de histeria
y muy poca paciencia,
pero tengo algunas cosas muy claras en la vida:
los tontos bien lejos,
la cerveza bien fría.

24

Caprichosa como la primavera,
decisiva como la primera vez de una ninfómana,
poderosa como una pirómana con una cerilla en la mano.
Tan triste como saber que el mejor recuerdo ya es parte del pasado,
dramática como tirarse a un río con un ladrillo atado al pie.
Fuerte como el viento que sacude mi ciudad,
impaciente como la primera noche de reyes de una mente ya consciente de lo que pasa a su alrededor.

Letra,
número,
tocado.

Salvaje como un animal en celo,
analítica como una mujer desconfiada,
perdida como el botón del abrigo que se te cayó un día.

Letra,
número,
hundido.

No sé qué hacías jugando
si viniste con ganas de conquistar
una ciudad ya muerta.

25

No me estoy apagando,
estaba parpadeando.

Creías que podrías ser atraparrayos
con las manos extendidas
pero no dejaste de ser planta que busca luz
en un piso interior.

26

He visto la luz del túnel,
y sorprendentemente no era el fin,
sino vida.

27

El amor puede con todo, me dijo.
¿Hablas de capacidad o de destrucción?, pensé.

28

Quédate el beso,
quema el verso,
quítate el peso
y vuela.

29

Si mis deseos fuesen órdenes,
habría mucha gente manca
que en su día no pararon de tocarme los cojones.

30

(Inspirado en un texto de Kike Reig)

Andan encorvados, cansados de tanto forzar el cuello buscando en el cielo todo lo que anhelaron. Ahora miran al suelo como si estuvieran eligiendo ya qué sillón ocuparán en su eterno infierno. Están encerrados en su vida triste, con besos por obligación y sexo seco sin llegar al éxtasis. Relación por obligación que implicaba una estabilidad que se convirtió en rutina y la rutina rompió el amor y todo lo que tenían.

Las mariposas son tiroteadas y un calor de subterráneo invaden sus agotadas cabezas, qué deberes tenían para hoy, cuál era ese informe que tenían que enviar para el jefe cabrón y el vecino de la séptima planta ha tenido un bebé que llorar sin parar todas las madrugadas.

Son ojeras que acarrean vida y falta de horas de sueño, y no sueños cumplidos ni por cumplir, que su tarta de cumpleaños ya se derrite en este maldito metro que cada día va más lento como las horas de reloj que no se mueven en horas de oficina.
Son presos del agotamiento acumulado, de la mirada vaga, de un exceso de Candy Crush Saga.

Se mueven, corriendo, como hormigas en sus laberintos, trabajando para darle de comer a un sistema, a una abeja reina.
Y todos, cansados, se acuerdan de aquellos años en los que creían que se comerían el mundo, juventud con ganas de gritarle un sí rotundo a la velocidad, aquellos años en los

que vivir rápido no significaba llegar tarde. Aquellos alegres y ya lejanos años en los que no dependían de un tren subterráneo para volver a casa. Aquellos tiempos en los que no necesitaban tocar fondo, para tomar impulso y conquistar un cielo al que ya no miran.

31

Y llamaremos a la evidencia casualidad,
nos disfrazaremos de novatos
que con sesenta tacos
aprenden ahora a engañar.

Nos haremos los sorprendidos
cuando entre los tejidos
encontremos un roto
que no lo causó un descosido.

Nos miraremos
expectantes
como si fuese la primera vez
que nos mentimos.

Y lloraremos
solos esta vez
la traición que nos encontró
en esta parte de la carretera
en la que
ni nos podemos parar
a tomar aire
a riesgo de que nos atropellen,
ni podemos esperar
a que llegue alguien en su coche
que nos lleve por fin a casa.

Porque ningún coche ya pasa
entrada la madrugada.

32

Una vez prendida la cerilla,
se mojó el fuego que la hacía arder.
Fue nadar
para morir en la orilla.

33

Tu saliva parece fertilizante,
y me crecen flores en la boca,
de donde antes salían balas.

34

Creía en las casualidades,
hasta que utilizaron una de ellas
para romperme el corazón.

Creía que salir del laberinto
no era más
que cuestión de encontrar
al conejo blanco.

Escribo,
para variar,
desde el alma desorientada
y la lágrima desesperanzada
de quien ve su última apuesta
perderse en la ruleta.

Podría decir,
sin faltas,
que eres el único
por quien habría salido del laberinto.

Pero no sé si con copas de menos,
serías capaz de verme de más.

Te quiero,
pero.

Eres demasiado para mí,
eres casi.

No llego a la expectativa,

no llego a ser la dosis recomendada
de medicina de mierda
en un ataque de tos
en pleno invierno.

Me estoy ahogando.

No espero que vengas,
no espero que seas aire,
pero,
por favor,
lárgate
y no vuelvas a aparecer
con aires de vuelo
cuando tengo las alas rotas.

35

Me dices que no te convengo,
como si yo fuera una gamba
puesta en el paladar de un alérgico al marisco.

Que enamorarse de alguien que siente las penas tan hondo
es un viaje seguro al fondo
y comer tierra,
como si la miseria
no fuese obligar al corazón a no sentir.

En eso estamos de acuerdo,
yo no te convengo
pero si tú no quieres sentir
tampoco tú me convienes a mí.

36

Un corazón se consume en la acera,
late casi por inercia,
se mueve como un pez vivo recién tirado a la carretera.

La pena es más adictiva que la cocaína,
cuando menos te lo esperas
te encuentras rascando con las uñas
las paredes de una mina,
buscando algún tesoro
que te haga sentir afortunado.

37

Te vas a ir.
Te vas a ir
sin saber por qué tengo miedo a dormir con la puerta abierta,
por qué en sueños tengo alertas
y me despierto con taquicardia.
Cualquier día,
abriré los ojos después de una larga noche
y me dirán que te has ido,
que no vuelves,
que has entonado el «yo renuncio»,
has presentado tu despido,
involuntario,
y yo no te he podido ni abrir la puerta.
Te habrás ido
y te habrás perdido mis mejores años,
no me habrás observado subiendo peldaños
y caerme,
y romperme las manos
y llorar hasta quedarme afónica.
No sabrás
que cambié los caramelos
por los dardos,
que he vivido en letargos
por no atreverme a despertar.
Verás
desde donde quiera que estés,
que me había enamorado
y había sufrido por amor,
que había cometido locuras
por corazones,

que había perdido el orgullo a plena luz
y lo había sufrido a oscuras.
Te vas a ir
y no me reconocerás
cuando volvamos a encontrarnos,
cambiaré como cambia de forma el barro cuando el viento
la moldea.
Verás que dejé de ser la niña que hace la tarea en bares,
la que tenía sueños
y,
sobre todo,
esperanzas
a pares.
Verás que lo que queda de ella
no son más que las ruinas.
Que de esta rosa
quedan sólo las espinas.
Te vas a ir,
con tu voz ronca,
con el cigarro en la boca,
con tu silencio
y tu poder de observación
desde tu puesto de vigilancia,
pero sin darte cuenta
que la vida ha pasado para ambos,
que tú ya te has ido
y que yo,
jamás,
podré volver a ser la misma.

38

Soñar contigo es algo agridulce,
sobrevivo a la noche
pero cuando la realidad me da alcance
todo se vuelve de un color ocre,
color oscuro,
color triste.

Me toco el cuerpo y no te encuentro,
te busco en las sábanas y tampoco,
me toco el pecho y sonrío:
ahí,
estás.

39

El amor actúa como esa enfermedad que duele cuando te tiene presa,
pero que se te queda siempre impresa
en una fragilidad que no te corresponde.

Incluso cuando te curas,
y ya no encuentras en ti los síntomas
padeces,
sin darte cuenta,
otra enfermedad parecida.

Se llama recuerdo,
y te deja partida en dos.

Echando de menos una mitad
que en un principio fue tuya,
después de alguien más
y, ahora,
de nadie.

Desde el corazón hasta el paladar,
pasando por la cadera y las piernas;
nada te pertenece.

Todo ha pasado a ser
un mundo sin pies
ni cabeza.

40

Me despierto sin saber muy bien cómo me acabé durmiendo.
Temiendo que entre las sábanas encuentre un «te quiero»
que no me pertenece,
pidiéndole a la luna que siempre me mece
que esta vez lo haga antes de que la noche me devore.

Las estrellas me siguen prometiendo firmamentos
que no soy capaz de alcanzar,
la vida siempre poniéndome el caramelo en la boca
para arrebatármelo después.

No está hecha la miel
para la boca del cerdo.

Pierdo el compás
cuando llevo dos copas de más,
pero me siento mejor.

El error es buscar la esperanza,
la luz,
en la persona equivocada.

Perdona la tardanza,
estaba buscando la excusa perfecta
para besarte de nuevo.

Me atrevo a devolverle al verano
este calor que yo encierro entre las piernas,
a coserle las heridas a las niñas que con sus tiernas manos construyen imperios de arena.

A lamerte la pena hasta que llores de alegría.

Puedo jurarte que cuando se haga de día
me iré de puntillas de la habitación,
que no sucumbiré a la tentación de quedarme a verte sonreír toda la vida.

41

No te confundas,
no es inocencia.
No me chupo el dedo,
me lo estoy relamiendo.

42

La vida siguió
cuando perdí mi juguete más ansiado al precipitarse por un
acantilado.

La vida siguió
cuando aprendí a qué saben unos labios
que se marcharon tiempo después.

La vida siguió
cuando escuché tras de mí
unas risas que me envenenaban.

La vida siguió
cuando rugí de dolor
al sentir
que la vida maltrataba a los que amaba.

La vida siguió
incluso cuando se me dormían los pies a cada paso.

La vida siguió
cuando dejé en un poema
mi primer retrato.

La vida siguió
cuando el fracaso vino a llamarme,
cuando conseguí mi primer logro
y de él hice alarde,
cuando lloré sangre
por algún que otro beso de Judas.

La vida seguirá
incluso cuando la muerte
con sus dedos llenos de frío
acaricie a quienes yo ame.

La vida seguirá
si la madre naturaleza
trae a mi vientre
una vida que cuelgue
de mi cordón umbilical.

La vida seguirá
aunque destripe un amor de noche
y con él alguna ilusión
de hacerlo prosperar.

La vida seguirá
aunque se me duerman las extremidades,
y mi corazón se detenga
porque el río de la vida
lo haga parar de bailar.
La vida seguirá
como siguió el invierno
acabando en primavera.

La vida seguirá
cuando bañe en oro
el presente de alguna flor a punto de florecer.

La vida seguirá
incluso cuando un corazón se rompa,
porque aunque parezca que se fragmenta
sólo está haciéndose más grande.

La vida seguirá
porque mientras haya una sonrisa que nace,
nunca se hará tarde.

Porque la vida se hará brisa

siempre que haya alguien que le cante.
Porque si la muerte se viste de negro
es porque la vida
siempre será luz
que alumbra,
siempre será sol
que arde.

43

Vienes con tu espalda 4 × 4,
luciendo palmito como si fueras un cuadro,
queriendo enseñar ese cuerpo
que has estado sudando
durante todo un largo invierno
en algún gimnasio con olor a cloro.

Vienes
como queriendo decir que el mundo cabe entre tus brazos,
que tú no necesitas lazos
para conquistar a una mujer.

Intentas demostrar
que escondes el placer en cada uno de los rincones de tus
abdominales recién estrenados,
que serías oro a punto de lucir aunque se te mire por todos los lados
y que si se rinden ante ti
es porque tú te sientes un dios al que fueron a adorar sin
necesidad de altar.

Me miras,
me sonríes,
me guiñas un ojo.

Te sumerges en el mar,
sales a la superficie
y miras a los demás como si fueran despojos.

Me sonrío.
Piensas:

una más que se fija en mí,
viva mi alma de macho cabrío.

Pienso:
ojalá empleases todo este tiempo
en alimentar tu cerebro,
que supieses que este objeto al que miras con especial curiosidad
se llama libro.
Y que la belleza que se ha de cultivar
es la de dentro.
Que en esta juventud que nos domina
a mí también me gusta ser cisne
pero sólo si no olvido nunca
que el alma es de todo el centro.

Y para terminar,
siento decirte que en este encuadre
si tuviese que avivar mi deseo
no sería contigo,
sino con tu padre.

Niño presumido,
niño sin sangre.

44

Tenías razón,
no le convengo a nadie.

Creía ser oxígeno
y solo fui gas robándole espacio al aire
en una casa familiar cerrada.

Creí ser parte de un todo,
y en realidad era la nada.

Resulté ser agua helada
pegada
a los labios de un muerto de sed.

Tenías razón cuando decías que escribir así
jamás me permitiría ser feliz.

Fui amante,
fui novia permisiva,
fui desliz.
Fui hija descarriada,
fui orgullo de sangre,
fui cita con el amor de tu vida
a la que llegas tarde.

Me ha costado tanto aprender
que a veces correr
no implica llegar antes.

No entendía que la vida
tiene una etiqueta en la que pone:

respira hondo,
aquí va otro golpe.

Ahora
miro al mar portando diamantes
cada vez que el sol quiere regalarle
alguno de sus soplos de luz.

Observo el horizonte
y llego a la conclusión de que tenías razón en todo.

Eres demasiado complicada,
decías.
Y yo me sentía como un cubo de rubik
en manos de un daltónico.
Como si fuera el grito de un afónico cuando está ahogándose a la deriva
y un barco lo esquiva.

Soy alma compulsiva
que cuando encuentra un corazón
intenta ser algodón
en una piel rasgada por una vida abrasiva.

Porque es fácil convivir con la pena,
la tristeza se adhiere a ti como una blusa mojada.
Lo difícil es vivir en la alegría,
ser el que confía,
contener la respiración
en ese maldito momento
donde sientes que si tuvieras que morir
y elegir cuándo has cometido tu misión en la vida
elegirías
sin dudar
ese día.

45

Qué es la juventud
sino tiempo que pasa.

Qué es el tiempo
sino erosión inevitable.

Qué es la erosión
sino desgaste que hace que trace arrugas en mi piel.

Qué es la piel
sino carnet identificativo del alma.

Qué es el alma
sino ser íntimo que,
desnudo,
yace en una vitrina
y nace y muere sin que nadie la toque.

Qué es la vida.

Qué es la muerte.

Sucesos que transcurren cuando cerramos los ojos,
asustados,
por lo que pueda venir.

Mañana vendrá el tiempo a rendirnos cuentas,
a decirnos que no seremos jóvenes eternamente
que debajo de la carne tenemos unas venas,
un corazón latente
que parpadea al ritmo de un reloj.

Y cuando el reloj de arena se acabe,
no sé si querré que me miren

como me miran ahora algunos ojos
buscándome las ganas
para desfogarlas entre mis brazos.

No sé si querré sentirme trozo de tela roto que ha sido cosido,
o si mi cuerpo será como una aguja
que unos ojos cansados
no pueden enhebrar.

46

Tengo que marcharme antes de
que confundas cuál es
mi misión aquí.

Antes de que tu corazón no quiera ser
el que quiere querer
y no debe.

47

Sigues enjaulado aquí,
en mis pensamientos.

Intento no dejar nacer los sentimientos,
intento
por un momento
ser capaz de adormecer las mariposas.

Le pongo esposas a la ilusión
y los castigo con cadena perpetua.

Aislamiento preventivo
hasta nuevo aviso,
hasta que sea capaz de pensarte
sin que un hormigueo me recorra por dentro.

Tengo tanto que darte,
que te asusta saber que lo que ves es solo la parte visible del iceberg.

48

Para empezar a entender al enemigo has de saber por qué te ataca, y es entonces cuando comprendes.
El odio se transforma en lástima y ya no lo ves como enemigo, sino como una pobre persona que necesita quitarle a los demás algo para poder ser ellos y es ese dolor que te intentan causar su única limosna.

49

A veces ocurre. Sin darte cuenta, sin darle permiso.
Llega alguien que es atardecer y tormenta, que te trastoca los esquemas y te tira los cimientos con la facilidad de un suspiro. Alguien que es electricidad y tú llevas ya tiempo viviendo entre sombras, rutinas y deberes.
Resucita, sin quererlo, alguna parte que estaba dentro de ti ya dormida. Como esa canción que estuviste escuchando durante meses y fue tu credo y salvavidas hasta que la aborreces.
Y un día, sin esperarlo, suena en la radio y no puedes evitar gritarla, bailarla y celebrarla hasta que termina.
A veces, cuando menos lo esperas, aparece.
Y es luz cegadora qu e tratas de apagar simplemente con la mano, tapándote los ojos. Y es rock hecho de cuerdas y tú te empeñas en ser piano adormecido, música nana, partitura sencilla. Aparece porque sabe que la vas a hacer desaparecer para que todo sea más sencillo, aunque sepas que el peligro de los laberintos no es perderse, sino que tienen algo hipnótico que te hace querer entrar en él.
Perderte.
Como si perder no fuera otra forma de ganar.
Como si perderse con alguien no fuese una de las mejores maneras de darse cuenta de que no estabas en el camino adecuado.
Y yo sin señales ni cinturones, sin seguridad ni pretensión me he dado de bruces contigo, y ahí estabas, enfrente.

Y no he podido cantarte como si fueras mi canción preferida.

50

Por qué tienes que ser tú.
El que me hace volver a escribir,
el que revive la montaña rusa en el estómago.

Te olvidaré en el último trago,
me prometo a mí misma
sabiendo
que me miento con la misma frecuencia
con la que sale un tren de Atocha.

Por qué tienes que ser tú
el que vuelve a ser el que derrocha
mis ganas
a punto de despegar
desde tu ombligo
hasta tu boca.
Desde tu corazón,
hasta borrarte la razón
por un rato
para que me abraces sin remordimientos.

Te miro intentando mentirte,
intentando hacerte entender
que esto
es sólo un juego de niños.
Que después de esto,
nadie se hará añicos.

Un acuerdo tácito
en el que nos damos la vida
sólo

una
noche,
y al día siguiente,
nos vamos del otro sin hacer ruido.

Sabes que forzar el silencio
no deja de ser otra forma de crear un eco.

Sabes.

Que podremos fingir el olvido,
pero jamás podremos trucar la memoria,
que contigo
lo único que no puedo salvar
son las distancias.

51

Cada día será lo mismo:
distinta excusa,
mismo motivo.

Tiovivo de emociones,
un tira y afloja
entre el «te quiero»
y el «desconfío».

Un frío diálogo
de miradas,
prólogo de un final advertido,
misma pieza que se rompe
y por la que vuelve a fallar el mecanismo.

Lirismo hecho cicatriz
cuando algún romántico empedernido
te diga que lo más bonito de ti
son tus heridas.

Mentiras.

Perdonar es cicatrizar,
no dejarte apuñalar otra vez,
que no se nos olvide.

52

Envidio tu inocencia,
tu conciencia limpia
todavía sin estrenar
que te deja dormir todas las noches sin necesidad de arañar madrugadas.
Ojalá te pudiera robar por unos minutos esas manitas que portan huellas dactilares
que todavía no se han desgastado en pieles que no lo merecen,
en fuegos que no calientan,
sólo prenden.
Si pudiera por un momento
compartir tu latir,
ser comienzo,
casilla de salida
y no partida ya empezada
con imposibilidad de remontada...
¿Qué guardas en tus sueños?
¿Qué imaginas cuando sonríes
despreocupada
mientras duermes?
Ojalá no aprendas nunca la ley de la selva,
ojalá seas siempre alma que cuida y preserva la paz,
que desprotege su intimidad
y no teme llorar en gritos,
que no se reprime de reírse a carcajadas.
No te hagas mayor nunca,
que no significa que no crezcas.
Guarda a tu principito,
guarda tu esencia.

53

He aprendido a gritar
callando.
No hace falta que me pongas
la mano en la boca.

He aprendido a convivir
con el cerrado a cal y canto
de mis labios.

He aprendido a salvaguardar
el secreto,
hasta consumir la magia.
Dejar de intentar comprender
fue mi mejor terapia.

54

La pena a cuestas.
A veces cuesta levantar la sonrisa
y las comisuras parecen cuestas hacia arriba.

Arriba está el cielo,
y yo venga a tener la cabeza mirando al suelo,
enterrando el pico en la tierra
no vaya a ser que alguien me lo cierre de una hostia.
A mí se me comió la lengua el gato
al que le mató la curiosidad.
Y por eso desde entonces escribo.

Escribo de noche,
describiendo al fantoche del piso de arriba
que pone música a las ocho de la mañana
y llora al mediodía.
Las letras en canciones tienen melodía,
pero algunas no dejan de ser poesía.
Ponte una de Silvio,
vamos a bailar hasta el final de la travesía.

La travesía empieza cuando pones el pie en la casilla de salida,
cuando tiran por ti los dados
y siempre suman cinco.
Mi número de la suerte.
La mitad que el del tuyo.
No creo en las casualidades,
pero.

Pero sin ti me siento como una media luna,

como una serpiente sin tierra
y un ángel obligado a vivir en el infierno.
La revolución empieza
siempre

de cero.
Y aunque el corazón sea de acero,
no sé empezar sin.

Somos dos cuadros torcidos
que juntos forman una cuesta.
Pero,
contigo,
la cuesta hacia arriba
es sólo un atajo hacia el cielo.

55

Tenía que pasar.
Algún día tenía que mirarme al espejo y aceptar mi colmillo torcido,
la cicatriz de mi rodilla izquierda de aquella vez que me
desmayé,
la peca en el dedo índice de mi mano con la que aprendí que estaba mal señalar.

Tenía que asimilar la caída como sinónimo de aprendizaje,
y entender que el aterrizaje
siempre
es de emergencia.

Así que sí,
hoy me perdono.

Hoy me quiero,
me hago el amor,
hoy me enredo,
me abrazo
y me digo que,
quizás,
lo que me hacía sentirme tan débil
y me ponía tan triste,
era mi propio abandono.

56

Te he visto reír
como ríe un niño la primera vez que hace un castillo con la
arena de la playa.
Te he visto dormir
como duerme un secuestrado en su hogar después de meses
de cautiverio.
Te he visto bailar
como lo hace un bailarín en la prueba más importante de su
vida.
Te he visto mirándome
como mira la orilla un marinero en mitad de una tormenta.

Pero
también te he visto llorar
como llora un niño cuando una ola destruye su castillo.
Te he tapado los ojos
cuando la vida te traía pesadillas.
Te he invitado a bailar
cuando sentías que no podías seguir hacia delante.
Te he mirado a los ojos
cuando he sabido que ninguno de estos poemas de mierda,
podrían salvarte
para decirte,
vida mía,
que no me tienes que explicar qué es el amor.

Yo ya lo sé,
yo ya sé qué es el amor.
¿Acaso no me has visto descubriéndolo cuando te miraba
y tú estabas sonriendo?

57

Antes de que se me coman los enemigos,
yo ya he cogido los mandos de mi vida.

Conozco mis posibilidades,
mis armas y mis debilidades.

No necesito altares.
Por quien quise
y me quiso,
hice mis mejores sacrificios.

No tengo miedo de los obstáculos,
no necesito un terreno liso para volver a despegar.

No me tiemblan las piernas con las turbulencias,
recurro siempre al mismo movimiento de emergencia: o bligarme a sonreír.

No paro de crecer,
c ada día soy más niña,
cada día más mujer.

Sin parar de jugar,
aprendiendo a gan ar.

Sal tar al precipicio,
salir de las pantallas.

Anuncio en el cristal:
Atención.
vida (real) .

58

Imagina un pez sin aletas,
una carr era sin meta,
un a veleta dirigida por un aliento.

Imagina un latido de supervivencia,
una sobredosis de carencias
y un mar de tactos olvidados.

Imagina que escribo un poema de alegría
o que dejo de escribir un día,
y me limito a vivir.

Imagina que sonrío y no me duele,
que dibujamos líneas verticales
y, en lugar de cuestas,
nos parecen despegues.

Hoy he vuelto a ser una niña mientras miraba un atardecer,
y como quien v e retroceder su vida en un recuerdo,
he dibujado un cohete en el cielo.

Un,
dos,
tres,
que empiece el vuelo.

59

Elijo el sí como respuesta,
la afirmación frente a la negación,
el «adelante» antes que el «no puedo».

Aprender a verle el lado bueno al cero,
sumarle puntos a la vida sonriendo.

Bailar
y bailar
y bailar,
inc luso c uando siento que no puedo.

Elijo vivir,
aun sabiendo que la caída
es la única técnica de aprendizaje.

Elijo el amor,
el beso,
el abrazo,
amar cada pedazo de la persona a quien me debo.

Elijo enre darme en mi propio pelo,
aprenderme de memoria
y descubrirme un poco más en c ada día n uevo.

Elijo el amanecer,
el nuevo comienzo.

Crecer,
p erder,
permanecer

y seguir sonriendo.

Sigo poniendo por mí las manos en el fuego,
los que no creían e n mí
ya les he ido sorprendiendo.

Estoy orgullosa de mí,
y no tengo por qué escond erlo.

Elijo equivocarme,
una y otra y otra vez,
seguir aprendiendo.

Elijo las cosquillas para que me ría,
el golpe en las costillas
y la vida e n su sentido más pleno.

Elijo vivir,
no me culpen por ello.

60

Padezco todos los p osibles efectos adversos de una medicina,
soy el remedio
que es peor
que la enfermedad.

Soy la madre histérica
que ve a su hijo jugando a los dinosaurios en el alféizar de una ventana,
la mujer celosa que descubre el olor del perfume d e otra en sus camisas,
la niña a la que no le dan la oportunidad de nacer
por aparecer en mitad de la primavera de su madre.

Soy el crujido de los dedos cuando una mano se rompe de tanto boxear contra una pared,
la música de nu estra canción,
la sonrisa en la comisu ra del labio en mi propio funeral.

Soy un baile de máscaras,
una hormiga edificando un imperio en silencio.

Soy la huida,
la rendición
y el paso certero de alguien que sólo sabe andar hacia adelante.

Soy el aviso de desahucio que se escribe mi cuerpo
cada vez que siente la pena desgarrando por dentro.

Últimamente sonrío demasiado,

sonrío de verdad.
Y ya no busco explicación,
ni entierro mi cu erpo muerto en un poema.

Mi enfermedad es el amor,
y padezco todos los posibles efectos adversos
pero, mientras viva,
que me sigan atando a la piel
cada
puto
beso.

61

Deberías estar aquí.

Te recitaría todos los poemas que no pude leerte ,
te enseñaría a bailar
y te pediría que me enseñaras a cocinar.

Te vería reír
y fotografiaría la imagen en mi mente
simplemente
para tenerla ya para siempre.

Te cuidaría
y te recordaría todos los días
lo fuerte que eres.

Me acuerdo de ti los día s de niebla
porque sé que son los que me estás tirando para arriba
aunque ya no estés,
y que a pesar de toda distancia
sonríes cada vez que me pongo a bailar antes de la ducha,
o me siento coqueta al estrenar paleta de pinturas,
que sientes todavía cada letra que ya no te escribo
p ero que sabes que guardo dentro.

Aquí ya nada es igual,
toda canción acabó al verte a ti cerrar los ojos.

Vas a ser tú siempre.

Mi poema más eterno,
mi sol más escondido y fuerte.

Abuela,
abrázame,
ha llegado el invierno.

62

(Pensamiento de ascensor. 16:00 h)

La montaña rusa emocional del que no sabe diferenciar las nubes de la tormenta,
reconocerte en las m anos añejas de tu abuelo,
en cada una de las arrugas que se le forman al sonreír a tu madre.

Tener un espejo enfrente
y no saber cuándo enfr entarte,
o salir corriendo.

Huir.

Para saber discernir,
es necesario conocer las posibilidades.

Y cu ando no sabes si subes o estás bajando,
difícil puedes decir si estás a punto de dormir
o de ir al cielo,
o de morir
y pudrirte en el infierno.

63

En algún momento tenía que enfrentarme a la realidad,
comprender que madurar
conlleva darte más de una hostia contra una pared.

Entender que hay algo más importante que saber qué hacer:
cuándo hacerlo.

A distinguir entre lo que merece la pena
y quién se merece la pena.

A darte cuenta de que hay algo peor a que alguien busque excusas,
que las convierta en motivos.

A apr ender que las ca sualidades no son pretexto para algunas acciones.

Eso sí,
por mucho tiempo que pase,
no dejará de ser bonito el saber que hay algunos aviones
que son confundidos con estrellas,
que hay niños esperando en la puerta del colegio con un dibujo de su madre en la mano,
que cualquier edificio necesita un plano
para p oder especificar dónde están las salidas de emergencia.
Hay personas que también.

Hay corazones que parpadean en mitad del túnel
y que son la salida en caso de urgencia.

Mi abuela era una de ellas,
y hoy,
desde arriba,
ha hecho brillar el sol en una Iruña fría y hasta ahora nublada,
una Pamplona que parecía un túnel sin final.

Me manda señales y me dice:
Mi niña,
puedes con todo,
haz el favor y no llores por nada.

Y acto seguido susurra:
Nena, había un poema...
Y lo recita de memoria.

Abuela,
que si yo no confund o avion es con estrellas
es porque tú brillas ahí arriba mucho más que e llas.

64

Mi abuelo siempre decía
que la vida es una noria,
unas veces estás arriba
y ot ras
abajo.

La gloria no tiene ningún sentido
si antes no has luchado en trinchera.

Escribo d esde la impacien cia del q ue espera
y no tiene reloj,
desde el terror de una película de Hitchcock.

Hay días en los que envenena cada partícula que compone
el aire,
que el baile es sólo la excusa para caerte con cierto arte.

Pararte,
respirar,
seguir.

Fingir,
como el orgasmo acertado de una prostituta,
como obligarte a seguir la ruta marcada
aunque sepas que hay un camino mejor.

Escucho una canción que duele,
y e scuece porque escuchándola
me escucha más que mucha gente .

Anochece,

es la hora de la nostalgia,
d e tratar de contener la hemorragia interna de los recuerdos llaman d o a la puerta,

de apagar las alertas y las luces
y permi tirse sangrar.

Reír ahora me sabe a caramelo en un bajón de azúcar,
y tengo ganas de recuperar las caries que me taparon de pequeña.
No es por echar leña al fuego,
pero de estas letras con tinta de ruego
solo espero,
que la canción se calle,
el día se apague
y yo concilie de una puta vez el sueño.

65

Explícales tú a ellos que si ven la sombra
es porque en algún lugar h ay luz,
que donde hay un ataúd
hubo un día vida.

Que en un tira y afloja
siempre hay uno que hace más fuerza
y otro que cede.

Explícales que donde no queden razones,
se pondrán excusas
y se les llamará razones.
Si uno quiere.

Joder.
Si uno quiere
digiere hasta balas,
se arranca las alas
y des iguala un resultado ya comprobado.

La solución
a veces
es no buscar remedios.

Explícales que no estoy cansada,
que estas ojeras no son de falta de sueño
sino de hacerlos realidad despierta.

Explícales que si te cedo un baile
es porque juntos
s omos como una canción de Coque

escuchada por primera vez.

Explícales a ver si lo entienden de una maldita vez
que juntos som os un huracán
y que separados somos la nada,
que llevamos abrazada la suerte,
que n osotros somos la primavera.

66

Tratando de imitar a alguien,
sólo conseguirás ser su reflejo.
Y ese reflejo es tan frágil
como el espejo que lo crea.
Ojalá te dieses cuenta.

Mientras,
seguirás siendo el charco que queda detrás
de lo que verdaderamente ha sido la tormenta.
Que luego se sec a
y ya nadie recuerda.

Mientras,
serás tiempo pasado
que ya nadie conoce cómo se recupera.
Y habrás pe rdido relojes
y momentos
intentando encontrarte en alguien
que no eras.

Que sí,
que te lo agradezco.
Pero cada vez que lo intentas,
siento algo de pena.
Porque aunque lo tengo que estar haciendo verdaderamente
bien
para que quieras ser una parte de lo que soy,
de lo que seré
de lo que también era.

Tengo que reconocer

que en en un alma tan apagada,
jamás podrás retratar la luz que yo teng o guardada.

No es prepotenc ia,
es empezar a darme cuenta
de que tu hábitat es la perrera,
el mío,
el campo,
el asfalto,
la libertad.
Y mientras yo me com a el mundo,
tú seguirás royendo los huesos buscando algo de carne.
Hambrienta.

Llegas tarde.
El espejo ya se ha roto,
tu recuerdo ya arde,
has perdido el tiempo jugando el papel del valiente,
el tuyo,
ya lo siento,
era el del cobarde.

Imita,
grita
y patalea.
Ya lo has perdido,
ya no eres lo que eras.
Jamás podrás ser lo que soy
y nunca conocerás l a libertad en ese odio que te apresa.

Eres todo moraleja,
la historia de la princesa que no salió de rana
pero siempre se creyó reina.

67

Como quien se maquilla las ojeras
y luego se queda dormido en el metro,
como quien dice que está bien
llorando,
como el que dice que se va
y cierra la puerta
quedándose dentro.

68

No fue la valentía,
fue el haberlo perdido todo,
el ya no tener miedo a nada,
lo que nos hizo imparables.

69

Toda mi vida deshuesando palabras
y me ha costado tantos añ os aprender
que mi frase favorita es poder decir:
«Mamá, he vuelto a casa».

No sé por qué me empeño en buscar calor en otros brazos,
por qué trato de llenar un vacío que jamás se satisface,
por qué no me doy cuenta de que aunque trace una línea recta
siempre voy a estar dando vueltas a un mismo punto:
el miedo.

A estas alturas,
ya no sé qué me duele más
si romperme en pedazos
o aparentar que sigo entera.

Juré que empezaría una nueva era
el mismo día que pensé que toda cuerda sería soga,
que las manos de Dio s aprietan,
pero no ahogan
lo debió de decir alguien con los pulmones fuertes.

No me señales más puentes ,
si no vas a tirarte tras de mí
cuando yo me lance al v acío.

No vuelvas a dudar
ni
un
segundo

de todo lo que te quiero,
porque me has visto tocar la luna
simplemente dando saltos.
Para ti.

70

Siempre he pensado que la poesía
no es más que un acto de voyeurismo,
una mano ingenua rozando terrenos desconocidos
y cuyos dedos suelen acabar llenos de miel.

Una piel erizada
y una garganta ahogada con tra una almohada.

Un colchón indiscreto,
una puerta entreabierta,
la posibilidad
incierta
de si después del éxtasis
se quedará a dormir.

Una noche aislada
que creó recuerdos eternos ,
un acto casi pornógrafico
en el que nadie finge lo mágico.

Poema,
pintura,
canción,
pensamiento impuro
que viste de luto
cada vez que sólo queda en un producto de la mente.

Una lente que te ayuda a ver la realidad desde otro prisma,
un artista volviéndose loco,
un poema que sabe a poco
l a tecla

que cada vez que toco
oigo una voz que me pide más.
Más,
más,
más...

71

En algún lugar alguien celebra que ha cumplido un sueño,
se cruza con el que lidia con el des pertador
6:00 am
oficina
jefe cabrón
y mujer impertinente,
que se cruza con el adolescente
que se escapa de casa
para perder la virginidad
con alguien que no le ju ra un para siempre,
que es la misma que sueña
que algún día saldrá en cierto programa
y creará un drama
del que llorarán monedas
y podrá tener en unos meses tetas nuevas,
ella también se cruza
con el señor ya ajado
muy dueño de sus 80 años
y ya cercano a la leyenda
que en sus años mozos
tenía una ba nda de rock and roll,
y ellos
y todos,
se cruzan conmigo
y les miro
con la curiosidad de un niño recién nacido,
con la perspectiva de un globo
que se ha ido
de entre las manos del que celebraba su sueño.
Dueño,
sin saberlo,

de un verso
que colocado terso
le ha unido,

sin saberlo,
con todos ellos .

72

Ha y mil motivos por los que tener miedo, otros tanto mil por los
que volvería a quemarme en la misma piel.

Hay mil motivos por los que podría echar a correr, pero elijo los
otros tanto mil por los que decido quedarme.

Contigo.

73

Ya no quiero que me esperen,
como esperaría un soldado
el avión que le devuelve a casa.

Ya no quiero que me frenen
cuando esté a segundos de la caída.

Ya no quiero que me iluminen
aunque sea noche cerrada
y yo tenga pánico a la oscuridad.

Ya no llamo ciudad
a cualquier corazón que me llama
de madrugada y con copas de más.

Con los años aprendes
que lo importante
no es ser el tren
que pasa una vez en la vida,
sino el lugar
en el que quieran crear un hogar.

74

Me di cuenta,
sin embargo,
de que había estado tanto tiempo luchando
por deshacerme de una mano
que me tapaba la boca.

Lloraba,
desconsolada,
creyendo que lo que necesitaba era gritar
para escapar,
que alguien me escuchara.

Quizás así
alguien me salvaría.

Comprendí entonces
que lo peor de aquella mano
no era que actuase como barrera de un grito,
sino que aquellos dedos
confirmaban el delito:
No quería dejarme respirar.

Y por eso dolía tanto.

75

Puedes invertir todo tu esfuerzo en hundirme,
puedes hacerme tragar todo el barro con el que un día moldeé para ti un imperio.

Puedes aprovecharte de mis restos,
rebañar mis sobras como el niño que apura hasta la última cucharada de su postre favorito.

Puedes anunciar a los gusanos que habrá festín tras mi muerte,
incluso puedes enterrarme en la cuna donde solía mecerme antes de dormirme.

Puedes despojarme de todas mis ilusiones,
dejarme hecha jirones como una cenicienta rebelde.
Puedes hacerme creer que no existe la magia,
convertirme en alguien sin creencias,
quemar todos los altare s a los que acudía a arrodillarme
y a pedir piedad ante el continuo pecado.

Puedes sonreírme mientras me pones el cañón en la boca y me preguntas a qué sabe el acero.
«Parecido a la sangre,
te respondo».

Dispara
o lárgate de una vez.

Harta de escupir sangre,
la hemorragia de quien se obliga a seguir lat iendo.

Me puedes meter los dedos hasta la garganta
y verme vomitar toda la mierda que me metí por ti.

Mándame un cheque al portador con 338 mentiras,
parasiempres,
e inviernos en naufragios innecesarios.

Vete.

No quiero volver a verte.

Carretera y manta.
317 kilómetros.
Estoy en busca de las salidas de emergencia.

Quien dijo que las personas somos refugio
no conoció la maldad que esconden tus pulmones,
respiras sólo para crear dióxido de carbono.

Cierra la boca,
a ver si el gas te explota dentro.

Puedes destruirme,
pisarme,
lia rme como el piti de las tres con un pedo brutal encima.
Puedes destrozarme
y tienes la garantía absoluta
de verme muerta si te vas.

Pero,
eso sí,
procura no estar cerca al tercer día,
yo no soy Dio s,
yo hay cosas que no las sé perdonar
y una vez que caiga,
mi cruz estará libre.

Canto todas las canciones que me recuerdan a ti y que yo jamás sabré componerte.

Como si de alguna forma necesitara tararearte para poder borrar de mi mente el sonido de tu risa. Efecto viento huracanado, brisa, que convierte la superficie lisa en mo ntaña.

Como si toda tentativa de llevarte al cuarto de los trastos viejos se quedase en un intento frustrado, como si metiera mi corazón empaquetado en una caja que no para de abrirse cuando trato de cogerla. Y se cae y se rompe lo que dentro guarda.

Me acaricio la piel por debajo de la falda, simplemente para no olvidarme de que estas ganas que tengo de enredarlas en ti son algo más que un castigo.

Y ahora que ya no estás, ahora que eres capítulo lejano y tu perfume no es más que un recuerdo que galopa tratando de hacer un trato entre olfato y memoria cuando alguien pasa por la calle y lleva tu misma colonia.
Ahora que me sobran perchas en los armarios porque utilizo toda la ropa que tú me quitabas sin pudor ni permiso.
Ahora que...

Ahora, qué.

Canto una canción con una guitarra desgastada, vieja dama que acompañaba a mi padre en sus años de dandi y le canto

al dolor y a la pérdida con una voz que escupe grillos.
No me sorprendo, aquello siempre me pasó contigo. Tratar de caramelizar palabras y que llegasen a tus tímpanos como ácido.

Siempre fui buena compañera pero pésima cómplice. Y si conectas el motor, pero te faltan las hélices, no sé a qué luna pretendes llegar.

77

Mi error es abrir al corazón a quien sólo está de paso,
pedir perdón por el retraso
allá donde no me espera nadie.

Esconder la razón en alguna parte
para no encontrar los motivos
por los que sé que no he de quedarme.

Hacer alarde de una fuerza que no me corresponde,
correr sin mirar atrás,
volver a llegar tarde.

Sentirme aparte de un todo,
buscar el codo a codo de Benedetti
en brazos con forma de soga.

Ponerme la toga creyéndome Roma,
y ser sólo Troya devastada.

Atada de manos
aprendí a hablar,
a gritar
que sé que mi error
es amar
donde no hay amor.

Donde se trata de imponer la verdad
significa que contamina la mentira.

No llaméis libertad
a haber aprendido a volar

en una maldita jaula.

78

Quién velará tus sueños,
dime quién.

Quién tendrá el poder
de verte dormir ahí,
siendo criatura frágil
que cuelga del cordón umbilical de Morfeo.

Quién protegerá las murallas de papel
que protegen tu mente de las pesadillas,
quién te abrazará cuando el miedo juegue contigo al juego de las sillas.

Quién,
quién será el privilegiado de verte disfrutando del escaso poder del descanso,
quién podrá compartir contigo el remanso de paz
que emana de una conciencia apagada.

Quién te cantará la nana que yo te canto día y noche
para que veas que no todo sueño se acaba,
quién será para ti abrazo de emergencia en mitad de una noche de turbulencias,
quién mirará tu espalda antes de dormir
pensando que aquello
es sueño cumplido
y nada más.

79

Tengo la tierra que me vio nacer metida en las entrañas,
como el rastro de sangre que queda
tras apretar las uñas contra la carne.

80

Ser,
al fin y al cabo,
como el sol que podría haber sido sólo luz
y,
sin embargo,
eligió ser fuego.

81

Como si no supiéramos a estas alturas que resucitar implica morir antes.

No me voy a olvidar de ti.

No me voy a olvidar de ti
porque he querido más a esos ojos
que a mis propias manos,
y eso que con ellas
amortiguo cada caída.

No me puedo olvidar de ti
porque voy a echar de menos
cada mísero momento que he pasado riendo contigo,
porque cuando eres testigo del asesinato
nunca más puedes llegar a olvidar la cara de la víctima.

No me olvidaré de ti,
porque he jurado demasiadas veces
que eras el amor de mi vida,
porque he llorado más tu huida
que lo que voy a llorar jamás por alguien.

No olvidaré
que he puesto nombre a tus abrazos
y los he llamado libertad,
porque he sentido estrellas en los dedos
cada vez que entrelazábamos las manos,
porque no he necesitado jamás planos
para construir mi vida junto a ti.

No
me
puedo

olvidar
de
ti,

porque te he querido a sangre
y a fuego,
porque me has curado las llagas
de tanto morderme las entrañas,
porque las legañas
de tanta vida durmiendo
se me cayeron el mismo día que me dijiste «te quiero».

No me voy a olvidar de ti,
porque he navegado en muchos mares,
porque me he ahogado en demasiados bares
y,
ninguno,
pirata,
ha conseguido que no acabe pronunciando tu nombre.

Los cañones de Espronceda
nos han explotado entre las manos
y ahora miro a los lados,
y sólo veo la polvareda
que ha levantado este vendaval de miedo.

Ya no sé mantenerme de pie
en ese punto estratégico que decías que había en los huracanes,
en donde no te afectaba su fuerza,
no te arrastraba a la muerte.

No me voy a olvidar de ti
porque
no
quiero,
porque me pesa más el diez a la espalda
que esta espada que me atraviesa
cuando se abre la puerta

y la vida me arrastra al paso del tiempo.

Este latido no perdona
y este «te quiero»
que te digo
ya no llega a su destinatario,
pero sí permanece en la memoria.

Y si es lo único que queda,
es lo único que voy a cuidar.

(Para siempre).

83

El diablo tiene cara de conejo,
pero en el espejo,
siempre se verá como un ángel.

Justo en el margen,
es donde se encuentran los límites
pero justo ahí,
es donde se apuntan las cosas que más importan,
es decir,
aquellas que no puedes olvidar.

Para mirar a los demás,
primero hay que saber observarse por dentro.

En el epicentro de nuestro drama,
está la trama bien explicada:
hay algo más detrás de nuestro propio ombligo.

Y aunque he sido testigo de más lágrimas
que sonrisas,
te puedo decir que con prisas
uno llega antes,
pero más cansado
y que eso, junto al pasado,
acaba convirtiéndose en una mochila en los hombros.

Y a mí ya me duele la espalda de tanta piedra innecesaria,
en el camino que ahora empieza intentaré no ser la presa
y sortear alguna sorpresa de algún que otro imbécil.

Este es el inicio,

nueva partida,
la vida
reparte nuevas cartas.

Nunca supiste tomar decisiones,
así que para no alterar tensiones
te voy a explicar esto como si fuera…
Un manual de instrucciones.

En el primer paso,
y hazme caso,
ocurre como con los muebles de Ikea,
o guardas con cuidado los tornillos,
o al final se te acaban perdiendo.

Al final,
todo se trata de cuidar.

Paso dos,
atento,
si abres tantas veces la puerta,
diciéndome que te vas,
que cambias de planeta
y que yo ya no te hago volar
para luego quedarte,
lo único que consigues es que entre el aire,
que esto se enfríe.
¿Lo entiendes?
Lo único que me tomo frío
son los cubatas.

Siguiente paso,
te lo advierto,
no me vengas con el
cuento de que amar mata
porque eso no es cierto.

Tampoco me hagas esconderme

porque me ha costado,
pero al final he asimilado,
que soy demasiado grande para que trates de empequeñecerme.

No intentes convencerme.
Llegas tarde para hacerme pensar que soy la culpable
de llevar este sable entre las costillas
al que me da a veces por llamar poesía.

84

Quién se quiso sentir reina
si cuando al coronarte
tu cabeza vale más muerta
que con vida,
cuando tu saliva
cura igual que la del resto
y cuando al trono
vamos todos por la mañana.

85

Olías a derrota
aun con la cara del que se cansa de ganar.

Empatar en el último minuto de partido,
no se puede considerar como victoria.

He sentido como gloria
acertar qué canción tarareabas
justo antes de meterte a la ducha,
te he abrigado
cuando te deshacías de las sábanas en pesadillas.

Ya he mirado por la mirilla cómo te despedías de otra
y después te he preguntado qué tal te había ido el día,
como si no hubiese pasado nada,
como si las coincidencias pudiesen crear norma.

Hasta que un día te das cuenta.

Te das cuenta de que si podías mirar por aquella mirilla
es porque entre ambos había una puerta.
Cerrada.
Te paras a pensar por qué la versión variaba
según la boca que la contara,
si la realidad es una.

¿Si los dos parecíamos mirar a la misma luna
por qué nos empeñábamos en perdernos por la noche?

86

Enamorarme de ti y decir que me sirvió para algo,
sería como el que pisa una mierda
y se consuela pensando que da suerte.

87

Asumo la responsabilidad del delito
si en este cielo oscuro,
alguien me demuestra que sigue habiendo estrellas.

Ellas
son las únicas capaces de alumbrar mi camino,
de recobrar el sentido de mi sino
y de convertir esta tela que araña en lino.

Pero aquí ya no quedan estrellas
y hace rato que llueve.
El norte se convierte
en un congelador de muertos vivientes.

Hace frío en esta ciudad
donde ni el agua limpia la suciedad
que se vierte por cada una de mis venas.

Pensar
y
querer,
fueron mi peor condena
sin haber asumido siquiera el delito.

Mi crimen,
aquello por lo que ahora me imponen un castigo:
defenderte ante el juez
que implacable
quería ya marcar sentencia.

Qué triste.
Cuando te das cuenta
de que llevas amando una sombra todo este tiempo,
qué triste
puede llegar a ser haber sido un ciego que se creía que ya lo
había visto todo en esta vida.

Acabo de darme cuenta
de que soy el niño que coleccionaba cromos de la liga,
y le faltó uno,
sólo uno,
para completar la colección.

Llevo poniendo mi atención
en las farolas que alumbran las calles
y nunca me había parado a pensar
el porqué
no las había visto nunca una vez amanecido el día.

¿Es mía toda esta tristeza
o has hecho tú que creciera aquí dentro?

Cuántas veces te di mi último aliento,
cuánto tiempo tiene que pasar para que cure esto.

El desamor
de un amor
que se ha basado en la mentira,
es como jugar a poner una pila
en una hoguera
y esperar que no explote.

Al trote entre la lágrima fácil
y la pena sostenida,
construí un mundo a tu medida.

Un universo en el que yo era absurdamente pequeñita,
en el que mi yo niña lloraba tras la caída y nadie le ponía una tirita,
en el que moría entre arrugas sin haber conquistado ningún sueño.
Alguien desprovista de esperanzas,
de vida.

Sosteniendo mi corazón con pinzas en una azotea
en la que se encuentra un poste de luz
y al estallar la tormenta
un rayo lo atraviesa.

Puestas en la mesa
cualquier carta que no dijera
que, si atraviesa las costillas un cuchillo, no podía ser amor.

La verdad.
Cuánto duele.

Hay amores en los que antes que la venda,
se te caen los ojos.
Y después la piel a tiras,
miras
y los pulmones ya no respiran,
lo último,
el corazón.
Al final,
tu cuerpo se convierte en un caparazón que actúa como una estructura de cimientos,
como una casa vacía.

Los argumentos que utilizó para engañarme
fueron que no podía engañar a otra,
que la protagonista no era yo

y que en ese amor
yo sólo actuaba de puente entre la insensatez y el dolor.

No volveré a jugar con heridas infectadas,
ni lloraré en las madrugadas

porque es lo que nunca me permitió asistir a un amanecer.
El sol estaba ahí sonriendo
y yo durmiendo,
agotada.

La última parada de la estación
llegó el mismo día en el que me di cuenta
de que podría haberme ahorrado el viaje,
si me costaba más pagar el peaje
que mi propia vida.

Ahora,
y a partir de entonces,
me recuerdo
que aunque después de ese amor quedase como una casa vacía
eso me otorgaba la oportunidad de comenzar de nuevo,
de volver a poner las fichas en la casilla de salida.

Me otorgaba el poder de elegir,
de decir,
de exigirte
que no me pidieses que esperase a que cambiases toda la vida.

Porque aunque la carretera es larga,
se acaba la gasolina,
porque el asfalto arde cuando es de día
y porque en esta nueva vida
ya no es a ti a quien andaba buscando,
ni, mucho menos,
a quien necesito.

89

Me escondo en la almohada,
como creyendo que si aprieto las mejillas bien fuerte contra ella
acabaré siendo tan ligera como las plumas que la componen.

Me escondo en el armario
y me acaban confundiendo con el monstruo.
Respondo:
«Tranquilo,
pequeño,
no vengo a hacerte daño».
Me pregunta:
«¿Entonces qué hacías dentro del armario?».
Y yo ya no sé qué decirle.

Bajo las sábanas al niño le da menos miedo la oscuridad,
pero ahí abajo se sigue viendo oscuro
y, si cierra bien fuerte los ojos,
todavía se ve más negro.
Pero el niño sólo quiere esconderse,
protegerse quizás.

Y luego entre sus brazos,
me acurruco en tu pecho desnudo.
Parecerá que me estoy intentando meter en su ombligo,
como Alicia en su País de las Maravillas
cuando se hace chiquitita.
Pero sólo me estoy escondiendo.

Me pongo la máscara de niña adulta,
de mujer niña,
de anciana recién nacida.
Y me echo a llorar,
yo no quiero jugar con la vida

ni que la vida juegue conmigo
ni esconderme en la tumba
a la que acudo a ponerme flores
cada vez que muero
y alguien escribe en un funeral mi nombre.

No quiero esconderme en el tambor de una pistola,
ni obligarme a tragar balas como si fueran caramelos.
No le expliques al niño cómo acaba el cuento,
se lo sabe mejor que tú.
No le digas al ludópata que va a perder la partida,
lo sabe mejor que tú.
No le digas al fumador que el tabaco mata,
lo sabe mejor que tú.
No me digas que me escondo en un poema
porque no soy suficientemente valiente
para afrontar la vida,
lo
sé
mejor
que
tú.

Pero,
¿sabes lo mejor?
Extiendo los brazos y te enseño las venas,
abiertas de par en par cada vez que escribo,
ciérralas
quizás así se abra una ventana
por la que puedas irte a la mierda
cada vez que me pidas que cambie,
que me esconda,
que me calle.

Yo aquí no he engañado a nadie,
en cambio,
tú,
mírate al espejo
y dime si te gusta lo que ves.
Si no desearías esconderte

y desaparecer
porque te has convertido en todo lo que
nunca
quisiste
ser:
un mentiroso.

90

¿Sabes eso que le dicen a los camareros?
¿Eso de que el secreto para que no se viertan las copas es dejar de
controlar el líquido y mirar al frente?

Pues en eso estoy,
pero con un corazón en las manos.

91

Hoy me he mirado en el espejo
y he visto a alguien nuevo.

Era alguien que no se enterraba en las dudas
y que se dejaba nacer cada mañana
cuando el sol le abría las pestañas de par en par.

Alguien con tanta fuerza en la mirada
que era capaz de soportar en sus pupilas el reflejo de mil derrotas
y que no se tapaba los ojos cuando quería llorar.

Era alguien valiente,
y no luchaba por ganar
sino por no perder aquello que más quería.

Luchaba,
luchaba contra todo aquello que le hacía daño
y bailaba hasta que la música le pedía tregua.
Cortaba el aire con su falda al andar,
sonreía antes de parar
y vivía como si no existiera la posibilidad de freno.

—Hoy he conocido a alguien en el reflejo del espejo
y era yo
haciéndome mayor.—

He visto cómo aprendía a andar sobre el mar
como si no pudiese despegarme de mi tendencia al naufragio,
como si ya no quisiera volver a la vida de capitán.

Sintiendo crecer el asfalto en mis venas,
preguntándome una y otra vez si las líneas discontinuas de una carretera
eran la metáfora de mi vida:

la historia de alguien que quiso trazar su camino con los pies en el suelo
pero no podía evitar volarse la cabeza
por algo
o alguien
de vez en cuando.

Y así,
se transformaban las sogas que parecen colgar de mis manos cuando todo me ahoga
por lazos en el pelo de niñas en su primer día de colegio.

Crecían flores en mi pecho,
como si fuera el funeral de mi corazón
por haberlo cedido por completo a alguien.

Un anciano estaba a mi lado
retirándome el pelo y recordándome
que no he de tener miedo a caer,
que ahora que él estaba en el cielo
comprendía cuán de importante es aprender
que ni volar siempre
ni vivir al ras del suelo
nos va a librar de acabar bajo tierra.
Que hay que vivir,
vivir al límite
y hacerlo hoy.

En esa imagen
me había dejado de doler la lengua
porque había dejado de mordérmela cuando quería gritar,
tampoco me dolía la cabeza
de tanta resaca sin sentido,
ni las piernas de tanto nadar a contracorriente,

tampoco los brazos,
porque había dejado de levantarlos cuando una pistola me enfriaba la sien
y había aprendido a coger a los que quiero de la mano bien fuerte,

a decirles:
«Voy a luchar».

Y me reía…
Me reía porque eso es lo que hay que hacer cuando te pisan continuamente la cabeza.

Mantenía la cabeza bien alta aun con la hoja de la cuchilla
escribiéndome el final en la garganta,
me pitaba el oído izquierdo
y en el derecho sonaba la canción favorita de mi madre.

¿Los últimos segundos?
No veía pasar mi vida delante de mis ojos,
sino que cerraba los párpados
y sonreía al ver a todos los que son mi vida
saludándome desde el andén
cuando, en realidad,
sonaba una sonata de despedida.

Y así,
intuía mi adiós sonriendo:
al que van a decapitar no hace falta que se incline para despedir la función.

—Silencio.
Guillotina.—

¿Después?
Después cierro el telón
y con la última carta asomándome en la manga,
con una sonrisa asomándome en los labios
recuerdo aquello que me dijo alguien

de que igual que el ignorante cree saberlo todo,
el imbécil cree tenerlo todo bajo control.

Recuerdo al espectador
que sólo yo escribo mi guion
y mi historia,
me empapo el alma de victoria

y escribo en el espejo,
me escribo en la piel:
valiente.

Adivina,
adivinanza.
Corazón no late y parece romperse.
¿Muerte?

Siente que no quiere seguir bailando
que lleva toda su vida luchando,
se siente como el salmón que se agota de nadar contracorriente.

Amar a veces conlleva eso,
un peso en los pies que te hace aplastar las margaritas
a las que algunas niñas arrancan pétalos para saber si las quieren.

Miren,
esto parece una de esas obras de teatro
en las que uno no sabe si reírse o llorar,
parar de andar en mitad del desierto,
dejar de nadar en busca de una orilla,
abandonar el juego de las sillas con la muerte
y dejarle a ella ganar.

Adivina,
adivinanza.
¿La niña duerme o está muerta?
La pequeña del juego,
mi pequeña,
llevas ojitos tristes,
hasta cerrados parecen amargos.
Has perdido la última moneda que te quedaba

rascando ese premio
y te ha vuelto a salir ese:
«Otra vez será».

Maldita moneda,
maldita suerte,
maldita y puta cantimplora.
Tírala.
No entiendes.
Por qué no creemos en la mala suerte de los saleros cayéndose
pero sí en los tréboles de cuatro hojas,
o por qué no creemos en la lotería
pero seguimos pidiendo deseos a las estrellas fugaces.
La otra noche vi una.
Cerré los ojos.
Deseo.
Que te quedes.

Aquí dentro sigue estando oscuro.
Abre la ventana,
por favor,
apesta a muerto
y creo que soy yo.
No puedo despegar los párpados,
no consigo despertar.

No quiero abrir los ojos.

El dolor es un hilo muy fino
que si lo extiendes terso...
Corta,
como el cristal de un vaso roto,
y ya me da igual si medio lleno o medio vacío.

Me degollarán,
pero yo no habré dejado de mirar al cielo.
Le habré guiñado un ojo

a todas las constelaciones que juré un día tatuarme.

Llevo toda mi vida esperando a que ganen los buenos,
pero.

Pero quizás soy demasiado niña para entender el cuento.

Sólo sé que
yo soy mi propio precipicio,
mi eterna caída.
Libre.
Yo paro el corazón de quien quiero
y pincho la ilusión niña de quien confía en mí con la punta de mis dedos,
como si fuera un globo recién hinchado con unos pulmones enfermos.

Lienzo.
La sangre que supone morderse la lengua en un llanto
cuando no tienes una almohada a la que regar antes de un sueño.

No duermo.

Cuando Morfeo me llama ya es demasiado tarde,
ya me he acuchillado a versos
y he gritado en silencio.

No soy nadie.
No soy suficiente.
No soy...
No…
Duerme.
Mañana no será otro día
si no has dormido suficiente.

Valiente.
Valiente.
Valiente.

Repítetelo hasta creerlo.

Créeme:
miento.

Pero has de saberlo,
que puedes,
que puedes con todo.

Y
como una nana,
repitiéndolo,
me duermo.

93

A
M
O
R E V Ó L V E R

No es la bala,
tampoco quien dispara,
el revólver
eres tú mismo.

94

La vi cantar un soul en las puertas de un bar,
la vi creerse estrella en mitad de la noche
cantando debajo de una tormenta
para poder decir que había tirado la toalla
por algún motivo que no fuera la rendición.
Reconozco que desde entonces no la puedo dejar de mirar.

Le crecían margaritas en los dedos.
Tantos te quieros que quedaron en el olvido,
y aún así,
cada vez que la miro,
veo pararse un tren en Atocha.

Una vez le dijeron que era un rock and roll
y por eso desde entonces baila
cuando sólo tiene ganas de llorar.

La creían loca,
porque tenía un carácter
con estilo de vendaval.
Por eso dejaba huella por donde pasaba,
por eso era la reina de la ciudad
cuando las farolas prendían al llegar la noche.

Y en cada coche,
sonaba una canción que hablaba de ella,
pero ella nunca la escuchaba.
En cada puerto,
la llamaban sirena
y la policía activaba las alarmas
al verla llegar.

Quizás
porque tenía en los ojos un incendio,

en las piernas aviones a punto de despegar
y en el corazón sueños
que algún día seguro que se se harán realidad.

Una vez me dijo: ¿ves esto?
señalándose el pecho izquierdo, dijo:
«Esta roto,
pero sólo de momento.
Y luego se fue a bailar.

Era fuerte,
pero eso ella no lo sabía.
Pensaba que se levantaba de cada caída por casualidad.
La vida le ponía a prueba,
le atacaban las dudas
y siempre hablaba de naufragios
como si sólo fuesen una oportunidad
de aprender a nadar.

Creía en el amor
como la solución a todos sus males,
dejó en los altares todas sus peticiones
y tenía preso en su cabeza,
el recuerdo de un corazón aún no olvidado.

Ella era poesía,
una canción de Sabina,
una guitarra rota
y un juguete estropeado.
La ola que estalla en la orilla,
la paz del mar
y la sal que cura la herida.

Tenía a personas ancladas en su caja torácica,
y era mágica su manera de hablar sobre música,
sobre política

y, sin tener ni idea,
decía que ella iba a gobernar un mundo
en el que la gente fuese buena.

Hoy te voy a mirar hasta que duermas,
hasta que no te des cuenta de que me voy.
No quiero que me veas,
porque no sabría darte una explicación.
Me voy porque no sé qué voy a hacer sin ti
pero tampoco me atrevo a vivir a tu lado,
eres demasiado vida
para esta casa derruida en la que vivo yo.
Tengo más miedos
que ganas,
y no sé cómo enfrentarme a tu alegría.
Guárdame en ti,
guárdame en tu poesía.
Porque tienes dinamita en la boca
cada vez que besas,
porque tus letras a veces parecen dardos
pero nunca he podido evitar volver a verte soñar.

Pero hoy tengo que irme,
porque no sé respirar pólvora
ni cómo sortear tus cañonazos.
Estos balazos improvisados
y esas risas después de destrozarnos
en noches de frío madrileño.

Este pequeño homenaje te dejo,
pequeña niña,
gracias por estar,
por ser
y por hacerme sentir
que
poesía es nombre de mujer.
Y desde el principio,
el amor también llevó tu nombre.

95

Será mejor olvidarte,
olvidar que un día fueron nuestros labios los que se juntaron.

Ser,
sin querer,
hojas que se deshacen
y se convierten en la arena
con la que contábamos el tiempo.

Será mejor seguir sin ti,
obviar que nuestros cuerpos fueron uno,
que fuimos puzzle de mil piezas
y logro de un niño pequeño
que
por fin
comprende
que incluso los grandes absolutos los conforman pequeñas piezas.

Podré asistir a mi imaginación,
caprichosa,
sin que el tacto de tus manos se cuele en mis sueños,
sin mecerme en la nana
que llevas encerrada dentro.

Te olvidaré.
Te olvidaré.
Te olvidaré.

Te olvidaré

mientras me recuerdo
que recordarte
no es más que hacerle trampas al tiempo.

Y tengo todas las de perder.

96

Escribe un poema sobre todo lo que hay antes del «pero».

Antes del pero son los motivos,
los sentimientos vivos
que preceden al reproche.

Antes del pero están los acuerdos,
las promesas confabuladas
antes de descubrir
que de humo también se fabrican pactos de esperanza.

Antes de la conjunción,
del enlace,
está la cuerda que nos ata
y se parte
cuando llega el sin embargo.
Desenlace.

Y por embargo
te quedas sin techo
y expuesto al frío,
cuando de entre todos los te quiero
se te adhiere el que se ha perdido.

En una lista de exigencias,
en un cuadro de expectativas,
por el que culpas al adversario
de no haber sabido tú jugar la partida.

Antes del pero vienen los besos
que acabarán en portazo,

está el trazo
que luego configurará el cuadro.

Antes caricia,
después remordimiento.
Antes beso,
después aliento.

Para qué negarlo,
todo lo que precede a un «pero»
soy yo
tentándote de nuevo,
eres tú
avivando mi fuego.
Y todo lo que hay detrás
eres tú
diciéndome adiós
y yo
echándote de menos.

97

No paro de aprender cosas,
de desaprender otras.

Cada vez entiendo más lo que se dice entrelíneas,
como que un «no vengas»,
implica un «vete»;
como que dar el 100% de ti,
como si un móvil se tratara,
implica que más temprano
que tarde
acabarás quedándote sin fuerzas,
o batería,
y ya no tendrás ningún uso para su dueño.

Me deberían poner un bozal
cada vez que digo «te quiero»
a alguien que no lo entiende,
que no lo siente,
que no lo comparte.

Así me evitaría algún disgusto,
alguna lágrima
y varias letras.

Esto
no
es
un
poema,
es un cartel en mi frente mal escrito que dice:
«Cerrado».

Y tú entrando por la trastienda
a mi pecho
mientras yo te digo:

«Esto para ti
siempre
estará abierto».

98

Puedo hacer como si nada,
como si no me doliera imaginarte en otros brazos,
como si lo que nos unía
se hubiese quedado en un patio de recreo
cuando una niña perdía
el lazo que recogía su pelo.

De verdad,
si es lo que quieres,
puedo mirar hacia otro lado
cuando de repente
me encuentre contigo por Gran Vía
y rodees con tu mano
el culo de la que llamabas amiga.

Puedo intentarlo,
de veras,
puedo tratar de imaginarlo:
que ya no estés aquí mirándome
mientras duermo,
echarle agua al fuego que antes nos ardía por dentro,
echar a lavar las sábanas
que antes
se enredaban con nosotros en sueños.

Estoy intentando hacer como si nada,
como si la canción que suena
no fuese de una música que compusimos juntos,
como si haber subido tantas montañas por ti
hubiera merecido la pena
y como si tu boca

no hubiese sido como una cena de cinco horas
en la que acabas vomitando
por exceso de mierda en tu estómago.

Mi vida,
¿no te das cuenta?
Puedo olvidarte.
Aunque la pena sea como un látigo en las costillas,
aunque siga sumando dos en cada viaje de huida,
aunque escuche tu canción favorita a escondidas
y te escriba derruida,
destrozada
y malherida.
Aunque me cueste la vida,
y viva un tiempo en la muerte,
puedo olvidarte.

Y tú,
¿lo harías?

Incluso besando otros labios,
amando otros cuerpos,
perdiéndote en otros planos
y grabándote a fuego el tacto de otras manos.

¿Podrías olvidarme?

99

Sé que es difícil. A veces, quieres gritar y no puedes, quieres seguir y no sabes cómo, quieres querer pero no debes.

Sé que lo difícil no es mirarse al espejo, lo difícil es no compararte con otros reflejos. Y que en esa belleza osada, en esas piernas eternas, en esas mejillas rosadas, tú no te veas.

Sí, lo sé, es difícil. Todos los días me cruzo con los chicos que van al instituto, y los veo flirtear con la ternura con la que vi a mis amigos enfrentarse a su primera barba y a mis amigas a su primera regla.

Ojalá volver ahí.

A las mariposas, a las hormonas incontroladas y amor puro, amor idealizado, amor estrellas, y sol, y cielo. Rutina de colegio y de uniformes. Rutina de jugar a ser mayor sin tener ni idea de que algún día alguien nos obligaría a serlo, y justo entonces sería cuando escribiría esto queriendo volver hacia atrás.

Volver a sentir que no soy un maldito animal intentando retener las ganas, un animal que es capaz de decir que no ante una boca que se presenta como una cucharada de miel en una garganta dañada.

Es difícil, lo sé. Seguir el ritmo sin escuchar ya la música, amar el sonido y tener que hacer oídos sordos a quien habla para dañar, a quien se duele tanto que necesita herir a los

demás. Retener el himno en la cabeza para no olvidarlo.

Hazme caso. Sé feliz, sé tonto, sé misterioso, sé claro, sé luz, mantén tu oscuridad, cuida a tus fantasmas, alimenta tu duende.

Vive.
Vive.
Vive.

Sé amor de verano, sé noche que se esfuma a la mañana, sé el amor de mi vida.
Ven y baila, baila y cántame esa canción que me gusta tanto.

Navégame, descúbreme, hazme brújula.
Reinvéntame, hazme adolescente, hazme el amor, hazme caso, hazme la vida complicada, hazme el respirar más fácil.

Duéleme hasta el punto en el que no te pueda olvidar, déjame huella, clávame los dientes en la cadera. Ilumíname la carretera, sé aventura y viaje, sé mi vuelta a casa.

Conviérteme en fuego que no se extingue, en incendio de piel, en calor que arrasa y abrasa en un enero a bajo cero.

Piénsame impuro, méteme en lios, escríbeme como ley inquebrantable.
Tócame como si después te fueran a cortar las manos.

Hazme reír, joder. Juega conmigo sin que me duela, despístame, cuenta hasta tres y gírate. Búscame.
Búscame hasta encontrarme de nuevo, hasta que ayer sea hoy y hoy sea mañana y así toda la vida.

Enrédate, téjete como sábana que se calienta con el roce de unos pies fríos.

Abrázame.
Abrázame y no te vayas.

Escúchame.
No me hagas caso.

Abrázame y no te vayas,
abrázame y no te vayas...

Y por todas esas cosas yo me sentía antagónicamente cerca de la Maga, nos queríamos en una dialéctica de imán y limadura, de ataque y defensa, de pelota y pared.

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*.

FLORES

He aprendido a ser feliz.
He venido a recoger lo que he sembrado.
La vida no se vive, se celebra.
Somos todo lo que apostamos por nosotros mismos
cuando otros dejan de hacerlo.
Los vecinos ponen su amor a lavar en sábanas que
cuelgan en su ventana, como si izaran una bandera
pirata.
Quiero pensar que a cada chica triste le escriben una
canción.

ESPINAS O WHATEVER

No te voy a olvidar, me vas a doler para toda la vida.
La culpa es mía, que confundí la trinchera con la paz.
Soy la caja negra de un romance con turbulencias.
Esquivo las preguntas que me hago a mí mismo y en las
que sé que tú eres la respuesta.
A veces los recuerdos parecen clavarse como chinchetas
en las manos de un niño que cree que aquello son
juguetes. Y no.
He dejado de saber. Quién eres.

NI IDEA

Cómo me voy a fiar del que dice ser cuerdo si con una
cuerda es como se ahorca a la gente.
Traté de calmar mi sed bebiendo agua salada. Intenté ser
balada que siempre quiso ser canción de tango.
Destripo cada momento como si fuera un trozo de pan en
las manos de un muerto de hambre.
Tiendo a confundir el miedo con la precaución como el

perro maltratado que ante una caricia se hace un ovillo.
La sal del mar siempre escuece en los ojos y yo siempre
he sido de abrirlos bajo el agua.

El fin no justifica los miedos.

Lo penoso es que la vida sigue después del tango.

Mario Benedetti, *El porvenir de mi pasado*.

A mi pequeña gran familia,
por quererme siempre por ser la niña de los bailes en el salón.

Amor revólver
Loreto Sesma

Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2022

ISBN: 978-84-670-6847-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es